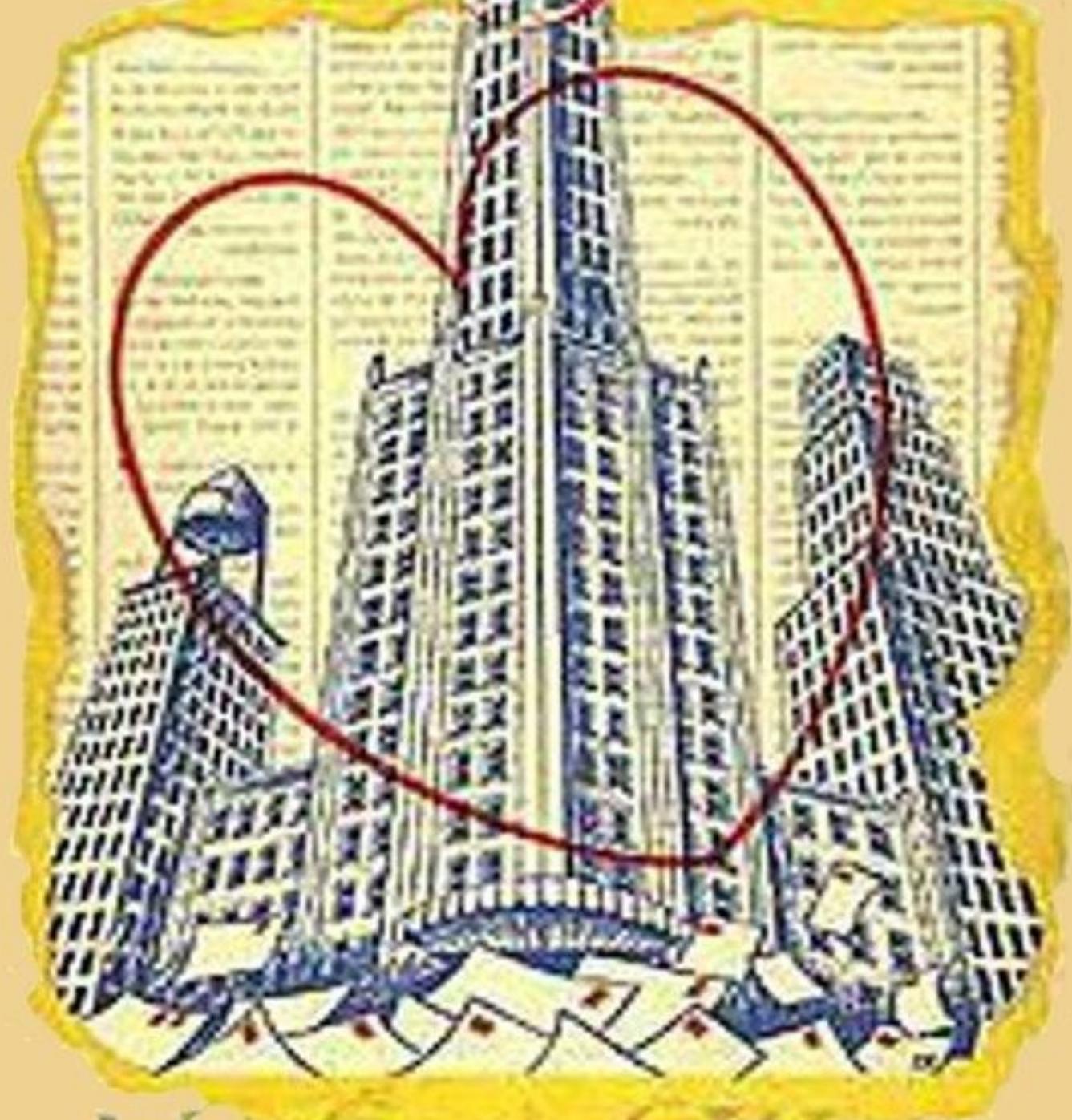


Miss Lonelyhearts



Nathanael West

Lectulandia

Miss Lonelyhearts cuenta la historia del redactor del consultorio sentimental de un periódico, un hombre atormentado que sufre un terrible «complejo de Cristo» y que soporta sobre sus hombros todo el dolor y la humillación de un mundo que se ha derrumbado con todos sus sueños de gloria. El sufrimiento de quienes le escriben a diario en busca de consuelo y salvación provoca una profunda crisis moral en el protagonista, que siente la imperiosa necesidad de hallar una respuesta que dé sentido a sus vidas y a la suya propia.

La tensión narrativa y la fuerza con que se describe la caída de una sociedad sin rumbo —la sociedad norteamericana de los años veinte y treinta— convierten a *Miss Lonelyhearts* en la principal muestra de la genialidad de Nathanael West, una genialidad que se vio truncada por una muerte prematura, en un accidente automovilístico, cuando tenía sólo treinta y siete años.

Lectulandia

Nathanael West

Miss Lonelyhearts

ePub r1.0

IbnKhalidun 29.10.13

Título original: *Miss Lonelyhearts*

Nathanael West, 1933

Traducción: Bernardo Fernández

Editor digital: IbnKaldun

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1. Miss Lonelyhearts, ayúdame, ayúdame

La Miss Lonelyhearts^[1] del *New York Post-Dispatch* (¿Tiene usted problemas? ¿Necesita que le aconsejen? Escriba a Miss Lonelyhearts y ella le ayudará), estaba sentado frente a su mesa y contemplaba fijamente una hoja de cartulina blanca. Shrike, el redactor jefe había escrito en ella una oración:

*Miss L., glorifícame.
Cuerpo de Miss L., nútreme.
Sangre de Miss L., embriágame.
Lágrimas de Miss L, lávenme.
Oh bondadosa Miss L., disculpa mi súplica,
y escóndeme en tu corazón,
y defiéndeme de mis enemigos.
Ayúdame, Miss L., ayúdame, ayúdame.
In saecula saeculorum. Amén.*

A pesar de que faltaba menos de un cuarto de hora para el cierre de la edición, él estaba trabajando todavía en el artículo de fondo. Había llegado hasta: «La vida merece la pena vivirse, porque está llena de sueños y paz, de dulzura y de éxtasis, y de fe que arde como una llama clara y blanca en un altar adusto y oscuro». Pero le era imposible continuar. Las cartas ya no le divertían. No podía seguir encontrando divertido el mismo chiste treinta veces al día, un mes tras otro. Y la mayor parte de los días le llegaban más de treinta cartas, todas iguales, acuñadas en la masa del dolor con un molde de repostería en forma de corazón.

En su mesa estaban amontonadas las cartas que había recibido aquella mañana. Empezó a repasarlas otra vez, buscando alguna pista para dar una respuesta sincera.

Querida Miss Lonelyhearts:

Mi dolor es tan grande que no sé qué hacer, a veces pienso en matarme de tanto como me duelen los riñones. Mi marido piensa que ninguna mujer puede ser una buena católica y no tener niños, sin que importe el dolor. Me casé honradamente por nuestra Iglesia, pero no tenía idea de lo que significaba la vida de matrimonio, puesto que nadie me había hablado sobre el hombre y la mujer. Mi abuela no me lo contó nunca y ella fue la única madre que tuve, pero fue un gran error que no me lo contara porque ser inocente no merece la pena y sólo es una gran desilusión. He tenido siete hijos en doce años y he estado muy enferma desde los dos últimos. Me han operado dos veces y mi marido me prometió que nada más de niños, por consejo de los médicos, porque dijo que podía morirme, pero cuando volví del hospital rompió su

promesa y ahora voy a tener un niño y creo que no voy a poder soportarlo de tanto como me duelen los riñones. Estoy muy enferma y asustada porque no puedo abortar por ser católica y mi marido tan religioso. Llora todo el tiempo porque duele tanto y no sé qué hacer.

Respetuosamente,

Cansada-de-todo.

Miss Lonelyhearts arrojó la carta a un cajón abierto y encendió un cigarro.

Querida Miss Lonelyhearts:

Tengo diecisiete años ahora y no sé qué hacer y le agradecería si pudiera decirme qué hacer. Cuando era pequeña no importaba tanto, porque ya me había acostumbrado a los niños de la calle que se burlaban de mí, pero ahora me gustaría tener amigos como las otras chicas y salir los sábados por la noche, pero ningún chico quiere sacarme porque he nacido sin nariz —a pesar de que bailo bien y tengo una figura bonita y mi padre me compra ropa bonita.

Estoy todo el día mirándome y lloro. Tengo un agujero grande en medio de la cara que asusta a la gente, incluso a mí, así que no puedo echarle la culpa a los chicos por no querer sacarme. Mi madre me quiere, pero llora terriblemente cuando me mira.

¿Qué he hecho yo para merecer un destino tan horriblemente malo? Aunque haya hecho algunas cosas malas no había hecho ninguna antes de tener un año y ya nací así. Le he preguntado a papá y dice que no sabe, pero que quizás hice algo en el otro mundo antes de nacer o que quizás yo recibí el castigo por sus pecados. Eso no lo creo porque es un hombre muy bueno. ¿Debería suicidarme?

Sinceramente,

Desesperada.

El cigarro no estaba bien hecho y no tiraba. Miss Lonelyhearts se lo quitó de la boca y lo miró con rabia. Consiguió calmarse y encendió otro.

Querida Miss Lonelyhearts:

Le escribo por mi hermanita Gracie, porque le ha pasado algo horrible y tengo miedo de contárselo a mamá. Ahora tengo quince años y Gracie tiene trece y vivimos en Brooklyn. Gracie es sordomuda y está más crecida que yo,

pero no es muy lista porque es sordomuda. Juega en la terraza de nuestra casa y no va a la escuela, sólo a una escuela de sordomudos dos veces a la semana los martes y los jueves. Mamá la hace jugar en la terraza porque no queremos que la atropelle un coche, porque no es muy lista. La semana pasada vino un hombre a la terraza y le hizo algo sucio. Me lo ha contado y yo no sé qué hacer porque tengo miedo de decírselo a mamá, porque es capaz de pegarle a Gracie. Me temo que Gracie va a tener un niño y estuve escuchando su estómago anoche durante mucho tiempo para ver si podía oír al niño, pero no pude. Si se lo cuento a mamá le va a pegar mucho a Gracie porque yo soy el único que la quiere y la última vez, cuando se rompió el vestido, la encerraron en el armario dos días, y si los chicos de la calle se enteran van a decir cosas sucias como pasó con la hermana de Peewee Conors cuando la atraparon en el solar. Así es que por favor, ¿qué haría usted si pasara lo mismo en su familia?

Atentamente,

Harold S.

Dejó de leer. Cristo era la respuesta, pero, si no quería irritarse, tenía que dejar aparte el asunto de Cristo. Además, Cristo era una broma particular de Shrike. «Alma de Miss L., glorifícame. Cuerpo de Miss L., sálvame. Sangre de...» Se volvió hacia su máquina de escribir.

A pesar de que el corte de su ropa barata era demasiado elegante, seguía pareciendo hijo de un sacerdote bautista. La barba le sentaría bien, acentuaría su aspecto de Antiguo Testamento. Pero incluso sin barba nadie dejaría de reconocer en él al puritano de Nueva Inglaterra. Su frente era alta y estrecha. La nariz, larga y descarnada. Su mentón huesudo estaba formado y hendido como una pezuña. Al verlo por primera vez, Shrike había sonreído y había dicho: «Las Susan Chester, las Beatriz Fairfax y las Miss Lonelyhearts son los sacerdotes de la América del siglo veinte».

Un botones subió a decirle que Shrike quería saber si la cosa estaba lista. Se inclinó sobre la máquina y empezó a martillar las teclas.

Pero antes de que hubiera escrito una docena de palabras, Shrike se inclinaba sobre su hombro.

—Lo mismo de siempre —dijo Shrike—. ¿Por qué no les das algo nuevo y esperanzador? Háblales del arte. Mira, te voy a dictar:

El arte es una salida.

No deje que la vida le venza. Cuando los viejos senderos estén atascados por los escombros del fracaso, busque caminos nuevos y más frescos. El arte es

precisamente uno de esos caminos. El arte es un destilado del sufrimiento. Como dijo Mr. Polnikoff a través de su hermosa barba rusa, cuando a los ochenta y seis años dejó su negocio para aprender chino, «No estamos más que empezando»...

El arte es uno de los Dones más Preciosos de la Vida.

Para los que no tienen talento para crear, está el apreciarlo. Para los que...

Sigue a partir de ahí.

2. Miss Lonelyhearts y el rostro sin expresión

Cuando Miss Lonelyhearts dejó el trabajo, se dio cuenta que el tiempo se había vuelto templado y el aire olía como si lo hubieran calentado artificialmente. Decidió ir andando hasta la taberna clandestina de Delehanty a beber algo. Para llegar allí había que cruzar un pequeño parque.

Entró en el parque por la Puerta Norte y tragó bocados de la pesada sombra que formaba una cortina en su arco. Entró en la sombra de una farola, tendida en el suelo como una lanza. La sombra le atravesó como una lanza.

Hasta donde podía ver no había signos de primavera. La podredumbre que cubría la superficie de la tierra veteada no era de la clase de podredumbre que produce vida. El año pasado, recordó, mayo no había llegado a reanimar aquellos sucios campos. Había sido necesaria toda la brutalidad de julio para forzar el brote de algunos tallos verdes a través de la tierra exhausta.

Lo que necesitaba el pequeño parque, incluso más que él mismo, era un trago. Ni el alcohol ni la lluvia bastarían. Mañana, en su columna, pediría a Corazón-Roto, Cansada-de-Todo, Desesperada, Desilusionada-con-marido-tuberculoso, y al resto de quienes le escribían que vinieran aquí y regaran el suelo con sus lágrimas. Entonces crecerían flores, flores que olerían a pies.

«Ah, humanidad...» Pero estaba cargado de sombra, y el chiste fue desmoronándose hasta morir. Trató de interrumpir la caída riéndose de sí mismo.

Sin embargo, ¿por qué reírse de sí mismo cuando Shrike estaba esperando en el bar para hacerlo mucho mejor? «Miss Lonelyhearts, amigo, te aconsejo que des piedras a tus lectores. Cuando te pidan pan no les des galletas como hace la Iglesia, y no les digas, como el Estado, que coman pastel. Explícales que el hombre no puede vivir sólo de pan y dales piedras. Diles que recen cada mañana: “La piedra de cada día, dánosla hoy”.»

Miss Lonelyhearts había repartido muchas piedras entre sus lectores; tantas, en realidad, que sólo le quedaba una, la que se había formado en su tripa.

Cansado de repente, se sentó en un banco. Si al menos pudiese tirar la piedra. Buscó un blanco en el cielo. Pero parecía como si hubieran frotado el cielo gris con una goma de borrar sucia. No había ángeles, cruces llameantes, palomas con una rama de olivo, ruedas dentro de ruedas. Sólo un periódico se debatía en el aire como una cometa con el espinazo roto. Se levantó y empezó a andar otra vez hacia el bar clandestino.

Delehanty's estaba en el sótano de una casa de arenisca rojiza, que se diferenciaba de sus vecinas más respetables por tener una puerta blindada. Pulsó un timbre escondido, y una pequeña mirilla redonda se abrió en su centro. Un ojo inyectado en sangre apareció, brillando como un rubí en un anillo de hierro antiguo.

El bar estaba sólo medio lleno. Miss Lonelyhearts miró aprensivamente a su alrededor, buscando a Shrike, y se alegró de no encontrarlo. Sin embargo, después de un tercer trago, cuando se estaba sumiendo en el lodo cálido de la tiniebla alcohólica, Shrike agarró su brazo.

—¡Ah, mi joven amigo! —gritó—. ¿Cómo te pillo? Rumiando otra vez, según veo.

—¡Por Dios!, cierra la boca.

Shrike no hizo caso de la interrupción.

—Eres morbosos, amiguete, morbosos. Olvida la crucifixión, recuerda el Renacimiento. Entonces no había rumiantes.

Levantó su vaso, y toda la familia Borgia estaba en su gesto.

—Te doy el Renacimiento. ¡Qué época! ¡Qué pompa! Papas borrachos... Bellas cortesanas... Hijos ilegítimos...

A pesar de que sus gestos eran complicados, su cara estaba vacía. Practicaba un truco muy usado por los actores del cine: el rostro sin expresión. No importaba lo fantástico o lo exaltado de sus palabras: su expresión nunca cambiaba. Bajo la brillante esfera blanca de su frente, sus rasgos se unían en un triángulo muerto, gris.

—¡Por el Renacimiento! —seguía gritando—. ¡Por el Renacimiento! Por los pardos manuscritos griegos y las amantes de miembros grandes, suaves y marmóreos... Pero, ahora que me acuerdo, estoy esperando a una de mis admiradoras, una chica de ojos de vaca y de gran inteligencia —ilustró la palabra *inteligencia* tallando en el aire con sus manos dos enormes pechos.

—Trabaja en una librería, pero espera a que veas su trasero.

Miss Lonelyhearts cometió el error de mostrar su fastidio.

—Ah, con que no te importan las mujeres, ¿eh? J. C. es tu único amor, ¿eh? Jesucristo, el Rey de Reyes, la Miss Lonelyhearts de las Miss Lonelyhearts.

En este momento, afortunadamente para Miss Lonelyhearts, la joven a quien esperaba Shrike llegó al bar. Tenía piernas largas, tobillos gruesos, manos grandes, cuerpo potente, cuello delgado y una cara infantil disminuida por un corte de pelo masculino.

—Miss Farkis —dijo Shrike, haciéndola inclinarse como hace un ventrílocuo con su muñeca—, Miss Farkis, quiero presentarle a Miss Lonelyhearts. Muéstrale el mismo respeto que me muestras a mí. Él también es un reconfortador de los pobres de espíritu y un amante de Dios.

Ella se dio por enterada de la presentación con un apretón de manos masculino.

—Miss Farkis —dijo Shrike—. Miss Farkis trabaja en una librería y escribe en sus horas libres. —Le dio unas palmadas en el anca.

—¿De qué estaban hablando tan excitados? —preguntó ella.

—Religión.

—Pídanme algo de beber y continúen, por favor. Me interesa mucho la nueva síntesis tomista.

Ésta era exactamente la clase de observación que estaba esperando Shrike.

—¡Santo Tomás! —gritó—. ¿Por quién nos tomas? ¿Por asquerosos intelectuales? No somos falsos europeos. Estábamos discutiendo sobre Cristo, la Señorita Corazones Solitarios de Miss Lonelyhearts. América tiene sus propias religiones. Si necesitas una síntesis, ésta es la clase de material que hay que usar.

Sacó un recorte de su cartera y lo lanzó con un golpe sobre la barra.

MÁQUINA DE SUMAR USADA EN RITUAL DE SECTA OCCIDENTAL...

Se usarán cifras como oraciones por el Asesino condenado a muerte del viejo recluso... Denver, COLO., Feb. 2 (A. P.) Frank H. Rice, Sumo Pontífice de la Iglesia Liberal de América, ha anunciado que llevará a cabo su plan de efectuar un ritual, con una «cabra y una máquina de sumar», por William Moya, asesino condenado, a pesar de las objeciones a este plan por parte de un cardenal de la secta. Rice declaró que se usaría la cabra como parte de un oficio «en hábito de penitencia» inmediatamente antes y después de la ejecución de Moya, anunciada para la semana del 20 de junio. Las oraciones por el alma del condenado serán ofrecidas con una máquina de sumar. Los números, explicó, constituyen el único lenguaje universal. Moya mató a Joseph Zemp, un anciano recluso, en una discusión por una pequeña suma de dinero.

Miss Farkis se rió y Shrike levantó el puño como si le fuera a pegar. Su gesto asustó al camarero, que apresuradamente les pidió que pasaran al cuarto de atrás. Miss Lonelyhearts no quería ir con ellos, pero Shrike insistió y él estaba demasiado cansado para discutir.

Se sentaron en una mesa dentro de una de las cabinas. Shrike volvió a levantar el puño, pero cuando Miss Farkis se echó hacia atrás, cambió el gesto por una caricia. El truco funcionó. Ella cedió a su mano hasta que se puso demasiado atrevido; entonces lo apartó.

Shrike empezó a chillar de nuevo y esta vez Miss Lonelyhearts comprendió que estaba lanzando un discurso de seducción.

—Soy un gran santo —gritaba Shrike—. Puedo andar sobre mi propia agua. ¿No habéis oído hablar nunca de la Pasión de Shrike en el Restaurante o de la Agonía en el Bar? Entonces comparé las heridas del cuerpo de Cristo a las aberturas de un monedero milagroso en que depositamos la calderilla de nuestros pecados. Es desde luego una idea excelente. Pero vamos a considerar ahora los agujeros de nuestro

propio cuerpo y qué abren estas heridas congénitas. Bajo la piel del hombre hay una jungla maravillosa donde las venas, como lujuriantes masas vegetales del trópico, cuelgan de órganos demasiado maduros, y entrañas como mala hierba se retuercen en marañas entrelazadas de rojo y amarillo. En esta jungla, revoloteando de pulmones gris roca a intestinos dorados, del hígado a los bofes y vuelta al hígado, vive un ave que se llama el alma. El católico caza este pájaro con pan y vino, el hebreo con una regla de oro, el protestante con pies de plomo y palabras de plomo, el budista con gestos, el negro con sangre. Les escupo a todos. ¡Puf! Y os digo a vosotros que escupáis. ¡Puf! ¿Disecáis pájaros? No, queridos, la taxidermia no es religión. ¡No! Mil veces no. En verdad os digo que es mejor un pájaro vivo en la jungla del cuerpo que dos pájaros disecados en la mesa de la biblioteca.

Sus caricias iban al ritmo del sermón. Cuando llegó al final, enterró su cara triangular, como la hoja de un hacha de guerra, en el cuello de la chica.

3. Miss Lonelyhearts y el cordero

Miss Lonelyhearts se fue a casa en un taxi. Vivía solo en una habitación tan llena de sombras como un viejo grabado en acero. Había en ella una cama, una mesa y dos sillas. Las paredes estaban desnudas, a excepción de un Cristo de marfil que colgaba frente a los pies de la cama. Había desprendido la figura de Cristo de la cruz a la cual había estado fijada, y la había clavado contra la pared con clavos grandes. Pero no se había logrado el efecto deseado. En lugar de ser angustioso, el Cristo seguía siendo serenamente decorativo.

Se desnudó inmediatamente y se llevó un cigarro y un ejemplar de *Los Hermanos Karamazov* a la cama. La señal estaba en una página dedicada al Padre Zosima.

«Ama a un hombre incluso en su pecado, porque ésa es la semejanza del amor divino y es el amor supremo en la tierra. Ama toda la creación de Dios, su totalidad y cada grano de arena en ella. Ama a los animales, ama a las plantas, ámalo todo. Si lo amas todo, percibirás el divino misterio de las cosas. Cuando lo hayas percibido empezarás a comprenderlo mejor cada día. Y al final llegarás a amar el mundo entero con un amor que lo abarcará todo.»

Era un consejo excelente. Si lo seguía, tendría un gran éxito. Sindicarían su columna y todo el mundo aprendería a amar. El Reino de los Cielos llegaría. Y él estaría sentado a la derecha del Cordero.

Pero seriamente, se dio cuenta de que aunque Shrike no hubiese hecho imposible una consideración sensata del asunto de Cristo, no serviría para nada engañarse a sí mismo. La suya era una clase de vocación diferente. De niño, en la iglesia de su padre, había descubierto que cuando gritaba el nombre de Cristo, algo se conmovía en su interior, algo secreto y de una potencia enorme. Había jugado con aquello, pero no había dejado nunca que llegara a vivir.

Ahora sabía lo que era aquello: histeria, una serpiente cuyas escamas son espejos diminutos en los que el mundo muerto toma una semejanza de vida. Y cómo es el mundo muerto... un mundo de picaportes. Se preguntaba si la histeria era pagar un precio demasiado alto por traerlo a la vida.

Para él Cristo era la más natural de las excitaciones. Clavando sus ojos sobre la imagen que colgaba de la pared, empezó a canturrear:

«Cristo, Cristo, Jesucristo, Cristo, Cristo, Jesucristo». Pero en el momento en que la serpiente empezó a desovillarse en su cerebro, se asustó y cerró los ojos.

Durmiendo, tuvo un sueño en el que se encontró sobre el escenario de un teatro lleno de gente. Era un ilusionista que hacía trucos con picaportes. Cuando él lo mandaba echaban sangre, florecían, hablaban. Después de acabar su número trató de dirigir a sus espectadores orando. Pero por muchos esfuerzos que hiciera, su plegaria era una que le había enseñado Shrike y su voz era la de un revisor diciendo los

nombres de las estaciones:

—¡Oh, Señor!, no somos de los que se lavan en vino, agua, orina, vinagre, fuego, aceite, ron de laurel, leche, coñac o ácido bórico. ¡Oh, Señor!, somos de los que sólo se lavan en la Sangre del Cordero.

El escenario del sueño cambió. Se encontró en el dormitorio de la universidad. Estaban con él Steve Garvey y Jud Hume. Habían estado discutiendo sobre la existencia de Dios desde medianoche hasta el amanecer, y ahora, como se les había acabado el whisky, habían decidido ir al mercado a comprar algo de aguardiente de manzana.

Tenían que pasar las calles de la ciudad dormida y llegar, más allá, a campo abierto. Era primavera. El sol y el olor de las plantas renovaron su borrachera. Daban vueltas tambaleándose entre los carros cargados. Los granjeros no tomaron a mal sus tonterías. Universitarios de juerga.

Encontraron a la persona que vendía alcohol de contrabando y compraron una garrafa de aguardiente de manzana. Luego fueron paseando hasta donde se vendía el ganado. Se pararon a jugar con unos corderos. Jud sugirió que compraran uno para asarlo en una hoguera en el bosque. Miss Lonelyhearts aceptó, pero a condición de que lo sacrificaran a Dios antes de asarlo.

Enviaron a Steve al puesto de cuchillería por un cuchillo de carnicero, mientras los otros dos se quedaban a regatear el precio del cordero. Después de una larga discusión, estilo armenio, durante la cual Jud hizo gala de sus conocimientos campestres, eligieron el cordero más joven, una cosa pequeña de piernas rígidas, todo cabeza.

Desfilaron con el cordero por el mercado. Miss Lonelyhearts iba delante, llevando el cuchillo, los otros detrás, Steve con la garrafa y Jud con el animal. Mientras caminaban iban cantando una versión obscena de «Mary tenía un corderito».

Entre el mercado y la colina sobre la que pretendían realizar el sacrificio, había un prado. Al atravesarlo recogieron margaritas y botones de oro. Hacia la mitad de la colina encontraron una roca y la cubrieron con las flores. Depositaron el cordero entre las flores. Eligieron a Miss Lonelyhearts como sacerdote, con Steve y Jud de acólitos. Mientras sujetaban al cordero, Miss Lonelyhearts se inclinó sobre él y empezó a entonar:

—Cristo, Cristo, Jesucristo, Cristo, Cristo, Jesucristo.

Cuando habían llegado a un estado de frenesí, bajó el cuchillo con fuerza. El golpe no fue preciso y lastimó la carne. Volvió a levantar el cuchillo, y esta vez la resistencia violenta del cordero le hizo fallar por completo. El cuchillo se rompió sobre el altar. Steve y Jud sujetaron hacia atrás la cabeza del animal para que pudiera cercenarle la garganta; pero sólo quedaba un pequeño trozo de hoja en el mango y Miss Lonelyhearts no fue capaz de cortar a través de la lana enmarañada.

Tenían las manos cubiertas de sangre viscosa y el cordero consiguió escabullirse. Desapareció arrastrándose entre la maleza.

El sol brillante perfilaba el altar con sombras delgadas, y la escena parecía reconcentrarse para alguna nueva clase de violencia. Salieron en estampida. Huyeron colina abajo hasta llegar al prado, donde se dejaron caer exhaustos entre la hierba crecida.

Después de algún tiempo Miss Lonelyhearts les pidió que volvieran para librar al cordero de sus sufrimientos. Ellos se negaron. Volvió solo y lo encontró bajo un matorral. Le aplastó la cabeza con una piedra y abandonó el cuerpo a las moscas que se apiñaban alrededor de las flores ensangrentadas del altar.

4. Miss Lonelyhearts y el pulgar gordo

Miss Lonelyhearts se encontró con que estaba adquiriendo una sensibilidad casi insana hacia el orden. Todo tenía que ajustarse a un patrón: los zapatos bajo la cama, las corbatas en el colgador, los lápices sobre la mesa. Cuando miraba por una ventana componía el perfil de los edificios contra el cielo, equilibrándolos unos con otros. Si un pájaro cruzaba esta composición, cerraba los ojos enfadado, hasta que hubiera desaparecido.

Durante un tiempo todo pareció marchar a la medida de sus deseos, pero un día se encontró entre la espada y la pared. Aquel día todos los objetos inanimados que había tratado de llegar a controlar se rebelaron contra él. Cuando tocaba algo, se derramaba o caía al suelo. Los botones del cuello desaparecieron bajo la cama, la punta del lápiz se rompió, se desprendió el mango de la navaja de afeitar, y la persiana de la ventana se negaba a quedar bajada. Pasó al contraataque, pero con demasiada violencia, y sufrió una derrota decisiva por obra de la cuerda del despertador.

Huyó a la calle, pero allí el caos se presentaba bajo múltiples aspectos. Grupos inconexos de gente pasaban de prisa, sin agruparse en forma de estrellas o cuadrados. Las farolas no estaban bien espaciadas y las baldosas eran de tamaño desigual. Tampoco podía hacer nada con el áspero rechinar de los tranvías, ni con los gritos crudos de los vendedores ambulantes. Ningún grupo repetido de palabras podía encajar en su ritmo, y ninguna escala podía darles sentido.

Se apoyó silenciosamente contra una pared, intentando no ver ni oír nada. Entonces se acordó de Betty. A menudo, cuando ella le enderezaba la corbata, le hacía sentir que enderezaba muchas otras cosas. Y una vez había pensado que si el mundo de Betty fuera más amplio, fuera el mundo, ella sería capaz de ordenarlo tan definitivamente como los objetos de su peinador.

Le dio la dirección de Betty a un taxista y le dijo que se diera prisa. Pero ella vivía al otro lado de la ciudad, y cuando llegó allí su pánico se había transformado en irritación.

Betty abrió la puerta del apartamento vestida con una frágil bata de lino blanco que amarilleaba hasta hacerse marrón en los bordes. Extendió hacia él las dos manos y sus brazos aparecieron redondos y suaves como la madera pulida por el mar.

Con el retorno de su inhibición, Miss Lonelyhearts sabía que sólo la violencia podría hacerle manejable. Era a Betty, sin embargo, a quien criticaba. Su mundo no era el mundo, nunca podría incluir a los lectores de su columna. Su seguridad estaba basada en el poder de limitar arbitrariamente la experiencia. Y además, su confusión era significativa, mientras que su orden no lo era.

Trató de contestar a su saludo y descubrió que su lengua se había transformado en un pulgar gordo. Para evitar tener que hablar forzó torpemente un beso. Luego le

pareció necesario disculparse.

—Demasiadas historias del amante que vuelve, ya lo sé, y... —Vacilaba intencionadamente para que ella creyera que su confusión era un sentimiento sincero. Pero le falló el truco; ella esperó a que continuase:

—Por favor, ven a cenar conmigo.

—Lo siento, pero no puedo.

Su sonrisa se abrió hasta transformarse en risa.

Se estaba riendo de él. Como defensa, Miss Lonelyhearts examinó su risa buscando «amargura», «desabrimiento», «un corazón destrozado», «qué demonios me importa»; pero quedó confundido al no encontrar nada de qué reírse a su vez. La sonrisa de Betty se había abierto naturalmente, no como un paraguas; y mientras Miss Lonelyhearts la observaba, su risa se replegó y se transformó, de nuevo, en sonrisa, una sonrisa que no era ni «retorcida», ni «irónica», ni «misteriosa».

Mientras pasaban al cuarto de estar, aumentó su irritación. Betty se sentó en un sofá sobre las piernas desnudas y con la espalda erguida. Detrás florecía un árbol de plata en el papel limón de la pared. Él se quedó de pie.

—Betty el Buda —dijo él—. Betty el Buda. Ya tienes la sonrisa relamida; lo único que te falta es la barriga.

Su voz estaba tan llena de odio que él mismo se sorprendió. Durante un rato permaneció nervioso, sin saber qué hacer, en silencio. Finalmente se sentó junto a ella en el sofá para coger su mano.

Habían pasado más de dos meses desde que, sentado con ella en aquel mismo sofá, le había pedido que se casara con él. Betty había dicho que sí, entonces, y ambos habían planeado la vida que llevarían después de casarse: su trabajo y el delantal de algodón fino para ella, sus pantuflas junto a la chimenea y los conocimientos de cocina de ella. Desde entonces él la había evitado. No se sentía culpable: simplemente estaba fastidiado por haberse engañado al pensar que una solución así era posible.

Se cansó pronto de tener cogidas las manos de Betty y empezó otra vez a no saber qué hacer. Se acordó que hacia el final de su última visita había metido la mano dentro de la ropa de ella. Incapaz de pensar en qué otra cosa hacer, repitió aquel gesto. Estaba desnuda bajo la bata.

Betty no dio ninguna muestra de haberse dado cuenta del movimiento de su mano. A él le hubiera gustado una bofetada, pero ella siguió callada.

—Déjame arrancar esta rosa —dijo él, dando un fuerte tirón—. Quiero llevarla en mi ojal.

Betty puso la mano sobre su frente.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás enfermo?

Él empezó a chillarle, acompañando sus gritos de gestos demasiado adecuados,

como los de un actor pasado de moda.

—¡Qué hija de puta más amable eres! En cuanto alguien actúa viciosamente, le dices que está enfermo. Los que torturan a sus mujeres, los que violan a niños pequeños, según tú todos están enfermos. No hay moralidad, sólo medicina. Bien, yo no estoy enfermo. Y no necesito tus malditas aspirinas. Tengo un complejo de Cristo. Humanidad... Soy un amante de la humanidad. Todos los malditos bastardos... — Acabó con una risa corta que era como un ladrido.

Betty se había levantado del sofá y se sentó en un sillón rojo, hinchado de relleno y tenso de vivaces muelles. En el regazo de aquel monstruo de cuero, desaparecieron todos los rasgos del Buda sereno.

Pero la cólera de Miss Lonelyhearts no se había calmado.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó acariciando amenazadoramente el hombro de ella—. ¿No te ha gustado la representación?

En lugar de contestar, Betty levantó el brazo como para protegerse de un golpe. Era como un gatito cuya delicada impotencia fuerza a uno a hacerle daño.

—¿Qué te pasa? —preguntaba él una y otra vez—. ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

La cara de Betty tomó la expresión de un jugador poco experimentado a punto de jugárselo todo a una carta. Él estaba dándose vuelta para recoger su sombrero cuando ella habló.

—Te quiero.

—¿Te qué?

La necesidad de repetirlo la aturdía; sin embargo consiguió evitar el dramatismo en su manera de decirlo.

—Te quiero.

—Y yo te quiero a ti —contestó él—. A ti y a tu maldita sonrisa entre lágrimas.

—¿Por qué no me dejas en paz? —Betty había empezado a llorar—. Me encontraba muy bien antes de que vinieras, y ahora me siento horrible. Márchate. Por favor, márchate.

5. Miss Lonelyhearts y el viejo limpio

Otra vez en la calle, Miss Lonelyhearts se preguntó qué haría ahora. Estaba demasiado excitado para comer y le asustaba volver a casa. Sentía como si su corazón fuese una bomba, una bomba complicada que acabaría en una sencilla explosión, que destrozaría al mundo sin sacudirlo.

Decidió ir a Delehanty's a echar un trago. En el bar clandestino encontró a un grupo de amigos en la barra. Le saludaron y siguieron hablando. Uno de ellos se estaba quejando de la abundancia de autores femeninos.

—Y todas tienen tres nombres —dijo—. Mary Roberts Wilcox, Ella Wheeler Catheter, Ford Mary Rinehart...

En ese momento alguien desencadenó una sucesión de historias y chistes, al sugerir que lo que les hacía falta a todas era una buena violación.

—Yo conocía a una chavala que era normal hasta que se metió en un grupo y le dio por lo literario. Empezó a escribir para revistas minoritarias sobre el daño que le hacía la belleza y plantó a su amigo que trabajaba parando los pinos en una pista de bowling. A los chicos del barrio les empezó a fastidiar aquello y una noche se la llevaron a un descampado. Eran unos ocho. Le dieron justo lo que le hacía falta...

—Es como lo que cuentan de otra escritora. Cuando empezó la moda de las cosas fuertes, dejó el falso acento de Inglaterra y se pasó a la miseria y al cieno. Empezó a salir de copas con un montón de rufianes, en una palabra, reuniendo material para una novela. Bueno, pues los tipos aquéllos no sabían que eran pintorescos y ella les parecía normal, hasta que un barman les abrió los ojos. Se la llevaron al cuarto de atrás para enseñarle nuevas palabras y propasarse con ella. No la dejaron salir en tres días. El último día vendieron entradas a los negros...

Miss Lonelyhearts dejó de escuchar. Sus amigos seguirían contando historias de ese tipo hasta que estuviesen demasiado borrachos para seguir hablando. Se daban cuenta de su infantilismo, pero no sabían de qué otra forma vengarse. En la universidad, y quizás durante un año más, habían creído en la literatura, creído en la belleza y en la expresión personal como un fin absoluto. Al perder esta creencia lo habían perdido todo. El dinero y la fama no significaban nada para ellos. No eran gente mundana.

Miss Lonelyhearts bebía sin parar. Sonreía con una sonrisa inocente y divertida, la sonrisa de un anarquista sentado en el cine con una bomba en el bolsillo. Si la gente que estaba alrededor supiera lo que tenía en el bolsillo... Dentro de poco saldría a matar al presidente.

Hasta que oyó que mencionaban su nombre propio, no dejó de sonreír. Volvió a escuchar.

—Es un chupalepras. Shrike dice que quiere lamer a los leprosos. Camarero, un

leproso para el caballero.

—Si no tienes un leproso, dale un húngaro.

—Sí, ése el problema de su concepto de Dios. Más literario que la leche. Canto llano, poesía latina, pintura medieval, Huysmans, vidrieras y mierdas como ésas.

—Incluso aunque tuviera una experiencia religiosa verdadera, sería personal y completamente falta de sentido, excepto para un psicólogo.

—Lo que le pasa, lo que nos pasa a todos nosotros, es que no tenemos vida exterior, sólo interior, y eso por necesidad.

—Es un escapista. Quiere cultivar su jardín interior. Pero no hay forma de escaparse. ¿Y dónde va a encontrar un mercado para los frutos de su personalidad? El Instituto del Campo es un fracaso.

—Lo que yo digo es que, después de todo, uno tiene que ganarse la vida. No todos podemos creer en Cristo. ¿Y qué le importa el arte al campesino? Se quita los zapatos para sentir el contacto caliente de la rica tierra entre los dedos de los pies. En la iglesia no se puede quitar uno los zapatos.

Miss Lonelyhearts había empezado a sonreír de nuevo. Como Shrike, el hombre al que todos imitaban, eran máquinas de hacer chistes. Una máquina de botones hace botones, no importa qué fuente de energía se use, el pie, el vapor o la electricidad. Ellos, no importa qué fuerza fuera la causa —muerte, amor o Dios—, hacían chistes.

¿Era su tontería la única barrera?, se preguntó. ¿Se había dejado cortar el paso por un obstáculo tan bajo?

El whisky era bueno y se sintió caliente y seguro. A través del humo azul claro del tabaco la barra de caoba brillaba como oro húmedo. Los vasos y botellas, con la explosión de sus reflejos, sonaban como un carillón cuando el camarero las hacía chocar. Se olvidó de que su corazón era una bomba al recordar un suceso de su infancia. Una tarde de invierno había estado esperando en casa, con su hermana pequeña, a que su padre volviera de la iglesia. Ella tenía entonces ocho años y él doce. Entristecido por la espera, entre el juego y la cena había ido al piano y empezado a tocar una pieza de Mozart. Era la primera vez que se había acercado voluntariamente al piano. Su hermana dejó el libro de estampas para bailar al son de su música. Bailaba cuidadosamente y con seriedad, un baile sencillo y, sin embargo, ceremonioso... Mientras Miss Lonelyhearts estaba en la barra, moviéndose ligeramente al son de la música recordada, imaginó niños bailando. Lo oblongo pasando a ser un cuadrado y luego pasando a ser un círculo. Todos los niños, en todas partes; no había ni un solo niño en todo el mundo que no estuviera bailando dulce y solemnemente.

Se apartó de la barra y chocó por casualidad con un hombre que tenía un vaso de cerveza en la mano. Cuando se volvía para pedir perdón, recibió un puñetazo en la boca. Más tarde se encontró en una mesa del cuarto de atrás jugando con un diente

suelto. Se preguntaba por qué no le entraba bien el sombrero y descubrió un chichón en la parte de atrás de su cabeza. Debía de haberse caído. El obstáculo era más robusto de lo que había creído.

Su indignación giraba en amplios círculos embriagados. ¡En nombre de Cristo!, ¿qué era todo este asunto de Cristo? ¿Y los niños bailando tan serios? Pediría a Shrike que lo pasara a la sección de deportes.

Ned Gates entró a ver cómo se encontraba y le aconsejó el aire fresco: Gates estaba también muy borracho. Cuando salieron juntos del bar se encontraron con que estaba nevando.

La cólera de Miss Lonelyhearts se volvió fría y empapada como la nieve. El y su compañero caminaban haciendo eses, con la cabeza baja, doblando esquinas al azar, hasta que se encontraron enfrente del pequeño parque. En los retretes públicos había una luz encendida y entraron para calentarse.

Un viejo estaba sentado en uno de los retretes. La puerta de su cabina estaba abierta del todo. El viejo permaneció sentado sobre la tapadera, que estaba bajada. Gates le saludó con efusión:

—Bien, bien, contento como un bicho en una alfombra, ¿eh?

El viejo dio un salto, asustado; luego consiguió decir:

—¿Qué quieren? Por favor, déjenme solo.

Su voz era como una flauta; no vibraba.

—Si no puedes conseguirte una mujer, coge un viejo limpio —cantó Gates.

Parecía como si el viejo fuera a romper a llorar, pero en lugar de eso se echó a reír de repente. Bajo su risa apareció una tos horrible que, empezando en el fondo de sus pulmones, subió rascando hasta su garganta. Se volvió para secarse la boca.

Miss Lonelyhearts trató de convencer a Gates para que se marcharan, pero éste se negaba a irse sin el viejo. Lo agarraron entre los dos y lo sacaron a rastras del compartimiento y franquearon la puerta del lugar de desahogo. El viejo se dejaba arrastrar en sus brazos e inició una risilla nerviosa. Miss Lonelyhearts resistía el deseo de pegarle.

La nieve había dejado de caer y hacía mucho frío. El viejo no tenía abrigo, pero dijo que encontraba el frío muy estimulante. Llevaba un bastón y tenía guantes porque, según él, detestaba las manos enrojecidas.

En vez de volver a Delehanty's fueron a una bodega italiana cerca del parque. El viejo quería que tomaran un café, pero le dijeron que no se metiera en lo que no le importaba y pidieron whisky de centeno. El whisky quemaba el labio roto de Miss Lonelyhearts.

A Gates le molestaban los modales excesivamente educados del viejo:

—Oye tú —dijo—, córtala con las ínfulas de gentleman y cuéntanos tu vida.

El viejo se contrajo como una niña sacando músculo.

—Oh, desembucha —dijo Gates—. Somos científicos. Éste es Havelock Ellis y yo soy Krafft-Ebing. ¿Cuándo descubriste por primera vez tus tendencias homosexuales?

—¿Qué quiere usted decir, señor? Yo...

—Sí, ya lo sé, ¿pero qué me dices de tu diferencia con los demás hombres?

—Cómo se atreve usted... —lanzó un grito de indignación.

—Vamos, vamos —dijo Miss Lonelyhearts—, no quería ofenderle. Los científicos son muy mal educados... Pero usted es un perverso, ¿no?

El viejo levantó el bastón para pegarle. Gates lo agarró por detrás y se lo arrancó de la mano. El viejo empezó a toser violentamente y se apretó la corbata de raso negro contra la boca. Tosiendo todavía, se arrastró hasta una silla en la parte de atrás del salón.

Miss Lonelyhearts se sintió como una vez que había pisado una rana pequeña por accidente, hacía unos años. Sus entrañas reventadas le habían dado mucha lástima; pero cuando el sufrimiento del animal se convirtió en algo real para sus sentidos, la lástima se transformó en rabia y golpeó frenéticamente a la rana hasta matarla.

—Yo haré que ese hijo de puta nos cuente su vida —gritó, y fue por él. Gates le siguió riéndose.

Al acercársele, el viejo se levantó de un salto. Miss Lonelyhearts lo agarró y lo volvió a sentar por la fuerza.

—Somos psicólogos —dijo—. Queremos ayudarle. ¿Cómo se llama?

—George B. Simpson.

—¿Qué es la B?

—Bramhall.

—La edad, por favor, y ¿a qué se dedica?

—¿Qué derecho tiene a preguntarme eso?

—La ciencia me da el derecho.

—Vamos a dejarlo —dijo Gates—. Esta vieja clueca está a punto de llorar.

—No, Krafft-Ebing, no hay que dejar que el sentimentalismo interfiera con las indagaciones de la ciencia.

Miss Lonelyhearts rodeó al viejo con sus brazos.

—Cuéntenos la historia de su vida —dijo, cargando su voz de compasión.

—No tengo historia.

—Tiene que tenerla. Todo el mundo la tiene.

El viejo empezó a sollozar.

—Sí, ya lo sé, una historia triste. Cuéntala, imbécil, cuéntala.

Como el viejo seguía callado, Miss Lonelyhearts le cogió el brazo y se lo retorció. Gates trató de separarlo, pero él se negó a soltarlo. En ese momento estaba retorciendo el brazo de todos los enfermos y desgraciados, los derrotados y

traicionados, los incapaces y los impotentes. Estaba retorciendo el brazo de Desesperada, Corazón-Roto, Cansada-de-Todo, Desilusionada-con-Marido-Tuberculoso.

El viejo empezó a chillar. Por detrás alguien pegó a Miss Lonelyhearts con una silla.

6. Miss Lonelyhearts y Mrs. Shrike

Miss Lonelyhearts estaba echado en la cama completamente vestido, tal como le habían dejado la noche anterior. Le dolía la cabeza y los pensamientos daban vueltas dentro del dolor, como una rueda dentada dentro de un engranaje. Cuando abrió los ojos, la habitación, como una tercera rueda dentada, daba vueltas alrededor del dolor de su cabeza.

Desde donde estaba echado podía ver el despertador. Eran las tres y media. Cuando sonó el teléfono salió reptando de entre el montón desagradable de mantas y sábanas. Shrike quería saber si tenía intención de aparecer por la oficina. Contestó que estaba borracho pero que intentaría ir.

Se desnudó lentamente y tomó un baño. El agua caliente le sentó bien al cuerpo, pero su corazón seguía siendo un bloque congelado de grasa helada. Después de secarse encontró un poco de whisky en el armario de las medicinas y lo bebió. El alcohol calentó sólo las paredes de su estómago.

Se afeitó, se puso una camisa limpia y un traje recién planchado y salió a comer algo. Después de acabar su segunda taza de café ardiendo era ya demasiado tarde para ir a trabajar. Pero no tenía por qué preocuparse. Shrike no le echaría nunca. Era un blanco demasiado perfecto para sus bromas. Una vez había intentado que le echaran, recomendando el suicidio en su columna. Todo lo que Shrike dijo fue: «Recuerda, por favor, que lo que tienes que hacer es procurar aumentar la venta del periódico. El suicidio, parece razonable pensarlo, no sería la mejor forma de alcanzar este propósito».

Pagó el desayuno y salió de la cafetería. Un poco de ejercicio le haría entrar en calor. Decidió dar un paseo rápido, pero se cansó pronto. Cuando llegó al pequeño parque se dejó caer en un banco frente al obelisco de la Guerra de México.

El fuste de piedra formaba una sombra larga y rígida sobre el paseo. Se quedó mirando la sombra fijamente sin saber por qué, hasta que se dio cuenta de que se estiraba en sacudidas rápidas, no como se alargan las sombras normalmente. Se asustó y levantó la cabeza rápidamente hacia el monumento. Parecía rojo e hinchado en el sol agonizante, como si estuviera a punto de disparar una carga de semillas de granito.

Salió corriendo. Cuando llegó de nuevo a la calle empezó a reírse. A pesar de haber recurrido al agua caliente, al whisky, al café y al ejercicio, se había olvidado por completo del sexo. Lo que de verdad necesitaba era una mujer. Volvió a reírse recordando que en la universidad todos sus amigos pensaban que el coito era capaz de asentar los nervios, relajar los músculos y despejar la sangre.

Pero sólo conocía a dos mujeres capaces de aguantarle. Como había estropeado todo con Betty, tendría que ser Mary Shrike.

Cuando besaba a la mujer de Shrike, lo sentía menos como una broma. Ella le devolvía los besos porque odiaba a Shrike. Pero incluso en eso Shrike le había derrotado. Por mucho que Miss Lonelyhearts insistiera en ponerle los cuernos a Shrike, ella se negaba a dormir con él.

A pesar de que Mary siempre soltaba gemidos y se le velaban los ojos, nunca relacionaba lo que sentía con el acto sexual. Cuando él la forzaba a realizar aquella asociación, se enfadaba mucho. Él se había convencido de que aquellos gemidos eran sinceros por el cambio que se operaba en ella cuando la besaba con fuerza. Su cuerpo desprendía entonces un olor que enriquecía el aroma sintético de flores que usaba tras las orejas y en las cavidades de su cuello. En su propio cuerpo, sin embargo, no se operaba ningún cambio parecido. Como un muerto, sólo la fricción podía calentarlo, sólo la violencia llevarlo a la movilidad.

Decidió tomar unas cuantas copas y luego llamar a Mary desde Delehanty's. Era bastante temprano y el bar clandestino estaba vacío. El barman le sirvió y luego continuó leyendo el periódico.

En el espejo, detrás de la barra, había un cartel de anuncio de un agua mineral. Figuraba en él una muchacha desnuda, hecha púdica por la neblina que subía de la fuente que estaba a sus pies. El pintor había dibujado sus pechos con mucho cuidado y sus pezones sobresalían como pequeños sombreros rojos.

Trató de autoexcitar su deseo pensando en el juego que Mary hacía con sus pechos. Los usaba como las coquetas de antaño usaban sus abanicos. Uno de sus trucos era llevar una medalla colgada muy abajo entre los pechos. Cuando Miss Lonelyhearts le decía que se la enseñara, en lugar de sacarla, ella se inclinaba para que él la mirara. A pesar de que le había pedido muchas veces que le enseñara la medalla, todavía no había llegado a averiguar qué representaba.

Pero la excitación se negaba a aparecer. En todo caso se sentía más frío que antes de empezar a pensar en mujeres. No era su línea. Sin embargo, insistió por desesperación y fue al teléfono a llamar a Mary.

—¿Eres tú? —dijo ella, y luego añadió antes de que él pudiera contestar—: Tengo que verte en seguida. Me he peleado con él. Esta vez hemos acabado.

Ella siempre hablaba en titulares, y su agitación le forzó a tomar un aire casual.

—O. K. —dijo—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En cualquier parte, he terminado con ese canalla, te lo juro, he terminado.

Ya se habían peleado otras veces y él ya sabía que a cambio de un número ordinario de besos, tendría que escuchar una cantidad extraordinaria de quejas.

—¿Quieres que nos encontremos aquí en Delehanty's? —preguntó.

—No, ven tú aquí. Estaremos solos y de todas formas tengo que bañarme y vestirme.

Miss Lonelyhearts sabía que cuando llegara a su casa probablemente se

encontraría allí a Shrike, con su mujer sentada sobre las rodillas. Se alegrarían de verle e irían los tres a un cine donde Mary le cogería la mano bajo el asiento.

Volvió a la barra y pidió otra bebida, compró una botella de cuarto de whisky escocés y tomó un taxi. Shrike abrió la puerta. A pesar de que esperaba encontrarlo allí, Miss Lonelyhearts se sintió cohibido y trató de ocultar su aturdimiento haciendo creer que estaba muy borracho.

—Pasa, entra, destrozador de hogares —dijo Shrike, riéndose—. La señora saldrá dentro de un momento. Está en la bañera.

Shrike le arrebató la botella que llevaba y sacó el corcho. Luego tomó un sifón y preparó dos vasos de whisky con soda.

—Bien —dijo Shrike, levantando su trago—, de manera que a esto es a lo que te dedicas, ¿eh? Al whisky y a la mujer del jefe.

A Miss Lonelyhearts le resultaba siempre imposible responderle. Las contestaciones que se le ocurrían eran demasiado generales y databan de demasiado tiempo atrás en la historia de sus relaciones.

—Estás haciendo una encuesta sobre el terreno, supongo —dijo Shrike—. Bien, no incluyas este whisky en los gastos de representación. Sin embargo, nos gusta ver a un joven con el corazón puesto en su trabajo. Tú has andado por ahí con el tuyo en la boca.

Miss Lonelyhearts hizo un esfuerzo desesperado por contestarle también con una broma.

—Y tú —dijo—, tú eres un malo de película que pega a su mujer.

Shrike se rió, pero demasiado tiempo y con demasiada fuerza; luego se interrumpió con un falso suspiro.

—Ah, ¡hijo mío! —dijo—. Te equivocas. Es Mary quien pega aquí.

Bebió un largo trago y volvió a suspirar, de manera más artificial todavía.

—Amigo mío, quiero hablar contigo de corazón a corazón. Me gusta hablar de corazón a corazón, y hoy en día queda muy poca gente con quien realmente se pueda hablar. Todo el mundo se ha endurecido. Quiero hacer una confesión plena, sin reservas. Es mejor hablar sin reservas de las cosas que dejarlas pudrirse en las profundidades del alma.

Mientras hablaba mantenía viva su cara moviendo la cabeza y guiñando de una forma que evidentemente intentaba inspirar confianza y demostrar la sencillez de su persona.

—Amigo mío, tu acusación me hiere hasta lo más profundo. Tus amantes espirituales creen que tú eres el único que sufre. Pero te equivocas. A pesar de que mi amor es bajo y carnal, yo también sufro. Es el sufrimiento lo que me lanza tras las Miss Farkises de este mundo. Sí, yo también sufro.

Aquí desapareció la inexpresividad del rostro de Shrike y un dolor verdadero

apareció en su voz.

—Es egoísta. Es una maldita puta egoísta. Era virgen cuando nos casamos, y desde entonces ha hecho todos los esfuerzos posibles para seguir siéndolo. Acostarse con ella es como acostarse con un cuchillo en la ingle.

A Miss Lonelyhearts le había llegado el turno de reírse. Acercó su cara a la de Shrike y se rió con todas sus fuerzas.

Shrike trató de ignorarlo, acabando como si toda la historia no hubiera sido más que una broma.

—Asegura que yo la violé. ¿Puedes imaginarte a Willie Shrike, el pobre Willie Shrike, violando a alguien? Soy como tú, un amante agradecido.

Mary entró en la habitación en albornoz. Se inclinó sobre Miss Lonelyhearts y dijo:

—No hables con este cerdo. Ven conmigo y tráete el whisky.

Mientras la seguía al dormitorio oyó a Shrike cerrar la puerta de la calle de un portazo. Ella entró a vestirse en un gran ropero. Miss Lonelyhearts se sentó en la cama.

—¿Qué te ha dicho ese cochino?

—Ha dicho que eres egoísta, Mary, sexualmente egoísta.

—¡Qué cara más dura tiene! ¿Sabes por qué me deja salir con otros hombres? Para ahorrarse dinero. Sabe que sólo les dejo acariciarme, y cuando llego a casa caliente y molesta, ¿sabes lo que hace?, se mete en mi cama de un salto y me pide que lo hagamos. ¡El maldito ordinario!

La mujer salió del ropero con una combinación negra de encaje y empezó a peinarse frente al tocador. Miss Lonelyhearts se inclinó a besar su nuca.

—Vamos, vamos —dijo ella, portándose como un gatito—, me vas a despeinar.

Tomó un trago de la botella de whisky y luego le preparó a ella uno con soda. Cuando se lo llevó, ella le dio un beso, un pequeño gesto de recompensa.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó ella—. Vamos a un sitio donde se pueda bailar. Quiero estar alegre.

Fueron en un taxi a un sitio llamado «El Gaucho». Cuando entraron la orquesta estaba tocando una rumba cubana. Un camarero, vestido de vaquero sudamericano, los llevó a una mesa. A Mary le entró en seguida un estado de ánimo hispano y sus movimientos se hicieron lánguidos y llenos de abandono.

Pero la atmósfera romántica sólo consiguió aumentar su sentimiento de helada pringosidad. Trató de resistirse diciéndose a sí mismo que era infantil. ¿Qué le había pasado a su gran corazón comprensivo? Guitarras, chales brillantes, comida exótica, vestidos extranjeros: todas aquellas cosas eran parte del negocio de los sueños. Había aprendido a no reírse de los anuncios que prometían enseñar a escribir, dibujar, ingeniería, añadir algunos centímetros a los bíceps y desarrollar el busto. Debería por

tanto darse cuenta de que las personas que venían a «El Gaucho» eran las mismas que las que querían escribir y llevar una vida de artista, o ser ingenieros y llevar pantalones de cuero, o adquirir un modo de dar la mano que impresionara al jefe, o que la cabeza de Raoul se reclinara en sus pechos hinchados como en una almohada. Era la misma clase de gente que la que escribía a Miss Lonelyhearts en busca de ayuda.

Pero su irritación era demasiado profunda para poder aplacarla de esta forma. De momento, los sueños, por muy humildes que fueran, le dejaban frío.

—Me gusta este sitio —dijo Mary—. Un poco tomadura de pelo, ya lo sé, pero es alegre, y tengo muchas ganas de estar alegre.

Mostró su agradecimiento a Miss Lonelyhearts ofreciéndose a una serie de gestos impersonales llenos de formalismo. Llevaba un traje ajustado y brillante como de acero vidriado y había algo limpiamente mecánico en su pantomima.

—¿Por qué quieres estar alegre?

—Todo el mundo quiere estar alegre, a no ser que se esté enfermo.

¿Estaba él enfermo? Como una gran ola fría, los lectores de su columna cayeron sobre la música, sobre los chales brillantes y los camareros pintorescos, sobre el cuerpo brillante de Mary. Para liberarse le pidió que le enseñara la medalla. Como una niña que ayuda a un viejo a cruzar la calle, ella se inclinó para que Miss Lonelyhearts pudiera mirar dentro del escote de su vestido. Pero antes de que pudiera ver nada, un camarero se acercó a la mesa.

—La forma de estar alegre es alegrar a otra gente —dijo Miss Lonelyhearts—. Acuéstate conmigo y me convertirás en un perro alegre.

El acento de derrota en su voz facilitó el que la mujer de Shrike ignorara su petición y su mente se doblegara a la de él.

—Mi vida ha sido difícil —dijo ella—. Desde el principio, lo he pasado mal. Cuando era niña, vi morir a mi madre. Tenía cáncer de pecho y el dolor era terrible. Se murió apoyada en una mesa.

—Acuéstate conmigo —dijo él.

—No, vamos a bailar.

—No tengo ganas. Háblame de tu madre.

—Se murió apoyada en una mesa. El dolor era tan horrible que salió de la cama para morir.

Mary se inclinó para mostrar cómo había muerto su madre y él volvió a intentar ver la medalla. Vio que tenía un pasador, pero fue incapaz de leer la inscripción.

—Mi padre era muy cruel con ella —continuó—. Era pintor de retratos, un hombre de genio, pero...

Dejó de escucharla y trató de poner de nuevo en acción su gran corazón comprensivo. Los padres son también parte del negocio de los sueños. Mi padre era

un príncipe ruso, mi padre era un jefe indio Piute, mi padre era un barón de ovejas australiano, mi padre perdió todo su dinero en Wall Street, mi padre era pintor de retratos. La gente como Mary era incapaz de arreglárselas sin cuentos de este tipo. Los contaban para poder hablar de algo que no fuera ropa, o negocios o películas, para poder hablar de algo poético.

Después de que Mary acabó su historia, él le dijo, «pobrecita», y se inclinó hacia delante para echarle otro vistazo a la medalla. Ella se agachó un poco para ayudarle y apartó el escote del vestido con los dedos. Esta vez pudo leer la inscripción: «Concedida por la Escuela Latina de Boston al ganador de la carrera de las 100 yardas».

Era una pequeña victoria, y, sin embargo, aumentó mucho su cansancio. Se alegró cuando ella sugirió que se fueran. En el taxi le volvió a pedir que se acostara con él. Ella se negó. Él amasaba su cuerpo como un escultor enfurecido con su barro, pero eran unas caricias demasiado sometidas a un método y los dos seguían fríos.

En la puerta de su apartamento Mary se volvió para darle un beso y se apretó contra él. Una chispa saltó en su ingle. No la dejó apartarse y trató de transformar la chispa en una hoguera. Ella le empujó, apartando su boca de la suya, después de un beso largo y húmedo.

—Escucha —dijo—. No podemos dejar de hablar. Tenemos que hablar. Seguramente Willie ha oído el ascensor y está escuchando detrás de la puerta. No lo conoces bien. Si no nos oye hablar sabrá que me estás besando y abrirá la puerta. Es un viejo truco suyo.

La apretó con fuerza y trató desesperadamente de mantener viva la chispa.

—No me beses en los labios —rogó ella—. Tengo que hablar.

La besó en el cuello, luego le abrió el vestido y la besó en los pechos. Ella tenía miedo de resistirse o de dejar de hablar.

—Mi madre murió de cáncer de pecho —dijo Mary con voz decidida, como una niña recitando en una fiesta—. Murió apoyada en una mesa. Mi padre era pintor de retratos. Llevaba una vida muy divertida. Trataba mal a mi madre. Ella tenía cáncer de pecho. Ella...

Le rasgó el vestido y ella empezó a titubear y a repetirse. El vestido cayó a sus pies. Luego le rasgó su ropa interior hasta dejarla desnuda dentro del abrigo de piel. Intentó arrastrarla al suelo.

—Por favor, por favor —rogaba ella—, va a salir y a encontrarnos aquí.

Contuvo su boca con un beso largo.

—Déjame ir, cariño —suplicó ella—, quizá no esté en casa. Si no está te dejaré pasar.

La soltó. Ella abrió la puerta y entró de puntillas, llevando la ropa enrollada bajo el abrigo. La oyó encender la luz de la entrada y comprendió que Shrike no había

estado tras la puerta. Entonces oyó pasos y fue de puntillas a esconderse tras un saliente de la armazón del ascensor. Se abrió la puerta y Shrike echó un vistazo al pasillo. Sólo llevaba la parte superior del pijama.

7. Miss Lonelyhearts hace un estudio sobre el terreno

Al día siguiente hacía frío y humedad en la oficina de noticias locales, y Miss Lonelyhearts permanecía sentado frente a su mesa con las manos en los bolsillos y las piernas apretadas. Como un desierto, estaba pensando, no de arena, sino de orín y porquería del cuerpo, rodeado por una valla de patio con carteles que describen los sucesos del día. Una madre mata a cinco con un hacha, mata a siete, mata a nueve... Un nene agrade a dos, agrade a tres... Dentro de la valla, Desesperada, Corazón-Roto, Desilusionada-con-Marido-Tuberculoso y el resto se dedicaban con aire grave a la tarea de formar las letras MISS LONELYHEARTS con conchas de almeja blanqueadas, como si decoraran el césped de una estación rural de autobuses.

No se dio cuenta de que Goldsmith se acercaba con paso de pato hasta que un brazo pesado cayó sobre su cuello como los dientes de un cepo. Se lo quitó de encima con un gruñido. Su ira le hizo gracia a Goldsmith, que sonrió contrayendo sus mejillas gordas como dos rollos iguales de suave papel higiénico rosa.

—¿Qué hay, qué tal está el borracho? —le preguntó Goldsmith imitando a Shrike.

Miss Lonelyhearts sabía que Goldsmith había escrito la columna por él el día anterior, así que ocultó su molestia para mostrarse agradecido.

—No tiene ninguna importancia —dijo Goldsmith—. Fue un placer leer tus cartas.

Sacó un sobre rosa del bolso y lo tiró sobre la mesa.

—De una admiradora.

Hizo un guiño dejando caer un párpado grueso y gris, lenta y lujuriosamente, sobre un ojo húmedo y movedizo.

Miss Lonelyhearts cogió la carta.

Querida Miss Lonelyhearts:

No sé escribir muy bien, así que me pregunto si podría tener una entrevista con usted. Sólo tengo treinta y dos años, pero he pasado por muchas desgracias en mi vida y desgraciadamente estoy casada con un lisiado. Necesito muchísimo alguien que me aconseje bien, pero no puedo describir mi caso en una carta porque las cartas no las escribo muy bien y sería necesario un experto para poder describir mi caso. Ya sé que es usted un hombre y me alegro porque no me fío de las mujeres. Alguien me dijo en Delehanty's que era usted el hombre que da los consejos en el periódico, y en el mismo momento en que le vi me dije que usted podría ayudarme. Usted llevaba un traje azul y un sombrero gris cuando entré con mi marido, que está lisiado. No me da demasiada *vergüenza* pedirle que me vea personalmente porque me parece casi como si le conociera. Así que, por favor, llámeme a

Burgess 7-7323 que es mi número, puesto que necesito muchísimo sus consejos sobre mi vida matrimonial.

Una admiradora,

Fay Doyle.

Tiró la carta al cesto de los papeles con un gran gesto de asco. Goldsmith se rió de él.

—¿Qué hay, Dostoievski? —dijo—. Ésa no es forma de actuar. En lugar de hacerte el ruso recomendando el suicidio deberías hacerle un niño a esa dama y aumentar el mercado potencial del periódico.

Para librarse de él, Miss Lonelyhearts fingió que estaba ocupado. Se acercó a su máquina de escribir y se puso a teclear su columna.

«La vida para la mayoría de nosotros parece una lucha terrible de dolores y angustias, sin esperanza ni alegría. Oh, mis queridos lectores, es sólo una apariencia. Cualquiera, por pobre o humilde que sea, puede aprender a hacer uso de sus sentidos. Contemplar el cielo salpicado de nubes, el mar cubierto de espuma... Captar el dulce aroma de los pinos y el penetrante ligustro... El tacto del terciopelo y del raso... Como dice la canción popular, “Las mejores cosas de la vida son gratis”. La vida es...»

No podía seguir con aquello y volvió de nuevo al desierto imaginario donde Desesperada, Corazón-Roto y las otras seguían formando su nombre. Se les habían acabado las conchas y estaban usando fotografías descoloridas, abanicos sucios, horarios, cartas de baraja, juguetes rotos, joyas de imitación —cosas desechadas convertidas en algo precioso por el recuerdo, mucho más precioso que cualquier cosa arrojada por el mar.

Mató su gran corazón comprensivo riéndose. Luego sacó la carta de Mrs. Doyle de la papelera. Como una tienda de campaña color de rosa la plantó en el desierto. Sobre la oscura superficie de caoba de la mesa, el papel barato adquirió ricas tonalidades de carne. Pensó en Mrs. Doyle como una tienda cubierta de cabellos y con venas, y en él mismo como el esqueleto en el retrete, el cráneo y las tibias del *ex libris* de un erudito. Cuando hizo que el esqueleto entrara en la tienda, florecieron todas sus articulaciones.

Pero a pesar de todos estos pensamientos siguió tan seco y tan frío como un hueso pulido y continuó sentado, tratando de encontrar una razón moral para no llamar a Mrs. Doyle. Si por lo menos pudiera creer en Cristo... Entonces el adulterio sería pecado, entonces todo sería sencillo y las cartas muy fáciles de contestar.

Lo absoluto de su fracaso le empujó al teléfono. Salió del despacho y fue al pasillo para usar el teléfono público desde el que tenían que hacerse todas las llamadas privadas. Las paredes de la cabina estaban cubiertas de dibujos obscenos. Fijó sus ojos en dos genitales desprovistos de cuerpo y dio a la central el número

Burgess 7-7323.

—¿Está Mrs. Doyle?

—Diga, ¿quién es?

—Quiero hablar con Mrs. Doyle —dijo—. ¿Es usted Mrs. Doyle?

—Sí, soy yo —su voz sonaba rígida por el miedo.

—Soy Miss Lonelyhearts.

—¿Miss qué?

—Miss Lonelyhearts, Miss Lonelyhearts, el hombre que escribe la columna.

Estaba a punto de colgar cuando ella dijo como un arrullo de paloma:

—Ah, hola...

—Dijo usted que la llamara.

—Oh, sí... ¿qué?

Supuso que ella esperaba que fuera él quien hablara.

—¿Cuándo puede usted verme?

—Ahora —todavía seguía murmurando como en arrullos, y casi podía sentir su aliento cálido, húmedo, a través del auricular.

—¿Dónde?

—Donde usted quiera.

—Bueno, mire —dijo él—. Nos veremos en el parque, al lado del obelisco, dentro de una hora más o menos.

Volvió a su mesa y acabó su columna. Luego se puso en marcha hacia el parque. Se sentó en un banco cerca del obelisco a esperar a Mrs. Doyle. Todavía pensando en tiendas de campaña, se puso a examinar el cielo y vio que tenía color de lona y estaba arrugado. Lo examinó como un detective estúpido buscando la clave de su propio agotamiento. Al no encontrar nada, volvió su ojo experto hacia los rascacielos que amenazaban al pequeño parque por todos los flancos. En sus toneladas de roca forzada y acero torturado descubrió algo que le pareció una clave.

Los americanos han malgastado su energía radical en una orgía de rotura de piedras. En sus pocos años han roto más piedras que siglos de egipcios. Y han realizado su trabajo históricamente, desesperadamente, casi como si supieran que algún día serían las piedras las que los romperían a ellos.

El detective vio a una mujer grande que entraba en el parque y se dirigía hacia él. La catalogó rápidamente: piernas como mazas de gimnasia, pechos como globos y frente de paloma. A pesar de su falda corta escocesa, jersey rojo, chaquetón de piel de conejo y boina escocesa de punto, parecía un capitán de policía.

Esperó a que empezara a hablar ella.

—¿Miss Lonelyhearts? ¿Cómo está?

—¿Mrs. Doyle?

Se levantó y la cogió del brazo. Parecía un muslo.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella cuando él empezó a llevársela.

—A beber algo.

—No puedo ir a Delehanty's. Me conocen.

—Iremos a mi casa.

—No sé si debo.

No tuvo que contestar porque Mrs. Doyle ya se había puesto en camino. Mientras subía tras ella las escaleras de su apartamento, observaba la acción de sus jamones descomunales; eran como dos enormes piedras de molino.

Preparó dos bebidas y se sentó a su lado, en la cama.

—Debe saber muchísimo sobre mujeres por su trabajo —dijo la mujer con un suspiro, poniendo la mano en su rodilla.

Él siempre había sido el perseguidor, pero ahora encontraba un extraño placer en ver los roles invertidos. Se apartó cuando la mujer se acercó para besarle. Ella le cogió la cabeza y lo besó en la boca. Al principio hacía tictac como un reloj, luego el tictac se suavizó y se espesó hasta convertirse en un latido de corazón. Cada segundo latía más alto y con más rapidez hasta que llegó a pensar que iba a explotar. Se apartó con una sacudida grosera.

—Por favor, no —rogó ella.

—¿Que no qué?

—Oh, cariño, apaga la luz.

Fumó un cigarro de pie en la oscuridad, escuchando como se desnudaba. Hacía ruidos de mar; algo aleteaba como una vela; se oyó un chasquido de cuerdas; luego oyó el golpetazo de la ola contra el muelle de goma sobre carne. Cuando le pidió que se diera prisa, era como un lamento del mar; y cuando se echó junto a ella, se arqueó como la marea atraída por la luna.

Unos quince minutos más tarde se arrastró fuera de la cama como un nadador agotado saliendo del oleaje y se dejó caer en un sillón grande junto a la ventana. Ella fue al cuarto de baño, luego volvió y se sentó en sus rodillas.

—Me avergüenzo de mí misma —dijo—. Debe creer que soy una mala mujer.

Él movió la cabeza en señal de que no.

—Mi marido no sirve para mucho. Es un lisiado, como le dije en la carta, y mucho más viejo que yo —se rió—. Está completamente seco. Ya hace años que no es un marido para mí. ¿Sabe?, mi hija Lucy no es suya.

Se dio cuenta de que ella esperaba que se asombrara y levantó las cejas lo mejor que pudo.

—Es una historia larga —siguió la mujer—. Fue por Lucy por lo que tuve que casarme con él. Apuesto a que usted se ha preguntado cómo llegué a casarme con un lisiado. Es una historia larga.

Su voz era tan hipnótica como un tam-tam, e igual de monótona. La mente y el

cuerpo de Miss Lonelyhearts estaban ya medio dormidos.

—Es una historia larga, larga, y por eso no podía escribirla en una carta. Tuve el lío cuando los Doyle vivían encima de nosotros, en Center Street. Yo era amable con él y le acompañaba al cine porque era inválido, a pesar de que era una de las chicas de más éxito en el barrio. Así que cuando tuve aquel problema no sabía qué hacer y le pedí dinero para un aborto. Pero no tenía el dinero, así que en vez de eso nos casamos. Todo pasó por fiarme de un latino asqueroso. Creí que era un caballero, pero cuando le dije que se casara conmigo él me mandó a mudar y ni siquiera quiso darme dinero para el aborto. Dijo que si me daba el dinero eso significaría que era culpa suya y que yo tendría algo de que acusarle. ¿Ha oído usted jamás de un malandra así?

—No —dijo él.

La vida de la que estaba hablando era todavía más pesada que su cuerpo. Era como si le hubieran colocado en el cerebro una carta a Miss Lonelyhearts gigante, viva, a manera de carga de papel.

—Después de nacer la criatura le escribí a aquel canalla, pero no contestó nunca. Hace aproximadamente dos años empecé a pensar en lo injusto que era para Lucy tener que depender de un lisiado y no conseguir sus derechos. Así que busqué su nombre en la guía de teléfonos y llevé a Lucy a verlo. Como le dije entonces, no quería nada para mí misma, pero quería que Lucy tuviera lo que le pertenecía. Bueno, pues después de tenernos esperando en el recibidor más de una hora —yo estaba que echaba espuma por la boca, puedo asegurárselo, pensando en el mal que nos había hecho a mí y a mi niña— el mayordomo nos pasó al salón. Muy tranquila y como una señora, porque el dinero no lo es todo, y él es tan caballero como yo una dama, spaghetti asqueroso. Le dije que tenía que hacer algo por Lucy, porque era su padre. Bueno, pues todavía tuvo estómago para decir que no me había visto nunca y que si no dejaba de molestarle haría que me metieran en la cárcel. Eso me sacó de quicio, me le fui encima y le dije todo lo que pensaba. Mientras estábamos discutiendo entró una señora que me imagino que era su mujer, así que yo me puse a gritar: «Es el padre de mi niña, es el padre de mi niña». Cuando fueron al teléfono a llamar a un poli, cogí a la niña y salí corriendo.

»Y ahora viene lo más divertido de todo. Mi marido es un tipo raro y siempre finge que es el padre de la niña. Incluso a mí me habla de *nuestra* niña. Bueno, cuando llegamos a casa Lucy no hacía más que preguntarse por qué había dicho que aquel hombre extraño era su papá. Quería saber si Doyle no era realmente su papá. Debo haber estado loca porque le dije que no se olvidara de que su papá de verdad era un hombre que se llamaba Tony Benelli y que se había portado mal conmigo. Le dije otras muchas idioteces por el estilo; demasiadas películas, me imagino. Bueno, pues cuando Doyle llegó a casa lo primero que le dice Lucy es que él no es su papá.

Se puso hecho una fiera y quiso saber qué es lo que yo le había contado. No me gustaban sus humos de gallito y dije: “La verdad...”. Me imagino también que yo ya estaba un poco harta de verlo apenado por la niña. Se lanzó contra mí y me pegó en la mejilla. Yo eso no se lo consiento a ningún hombre, así que también le aticé una bofetada y él se echó contra mí con el bastón, pero falló y cayó al suelo y se echó a llorar. La niña también estaba en el suelo llorando y eso acabó conmigo. Antes de poder darme cuenta siquiera, yo también estaba en el suelo llorando como una Magdalena.»

La mujer esperaba su comentario, pero él seguía en silencio, hasta que ella le dio una sacudida con el codo para que respondiera algo.

—Su marido probablemente la quiere a usted y a la niña —dijo.

—Quizá si, pero yo era una chica atractiva y tenía dónde elegir. ¿Qué chica quiere pasar su vida con un pedazo de tullido?

—Todavía es usted guapa —dijo sin saber por qué, excepto que estaba asustado.

Ella le recompensó con un beso y luego lo arrastró a la cama.

8. Miss Lonelyhearts en el pantano sombrío

Poco después de marcharse Mrs. Doyle, Miss Lonelyhearts se puso físicamente enfermo y no pudo salir de su habitación. Sus dos primeros días de enfermedad transcurrieron sumidos en el sueño, pero al tercer día su imaginación empezó a funcionar de nuevo.

Se encontró en el escaparate de una casa de empeño llena de abrigos de piel, sortijas de diamantes, relojes, escopetas, aparejos de pesca, mandolinas. Todas aquellas cosas eran las vestiduras del sufrimiento. Un reflejo torturante se retorció en la hoja de una navaja dorada, una bocina magullada gruñía de dolor.

Estaba sentado en el escaparate, pensando. El hombre está sometido a un tropismo de orden. Las llaves en un bolsillo, la calderilla en el otro. Las mandolinas se afinan sol, re, la, mi. El mundo físico está sometido a un tropismo de desorden, entropía. El hombre contra la naturaleza..., la batalla de los siglos. Las claves tienden a mezclarse con el cambio. Las mandolinas tienden a desafinarse. Todo orden lleva dentro de sí el germen de la destrucción. Todo orden está condenado y, sin embargo, la batalla merece la pena.

Una trompeta, con un precio de venta de \$2,49 dio el toque de batalla y Miss Lonelyhearts se lanzó al combate. Primero formó un falo con relojes viejos y botas de goma; luego un corazón con paraguas y anzuelos de mosca para trucha; luego un diamante de instrumentos musicales y sombreros de hongo; después un círculo, un triángulo, un cuadrado, una svástica. Pero nada resultaba definitivo, y entonces empezó a hacer una cruz gigantesca. Cuando la cruz llegó a ser demasiado grande para la casa de empeños, se la llevó a la orilla del mar. Allí cada ola le proporcionaba materiales más rápidamente de lo que él podía alargar los brazos de la cruz. Su trabajo era enorme. Iba a traspies desde el límite de la última ola hasta el sitio donde trabajaba, cargado de residuos marinos —botellas, conchas, pedazos de corcho, cabezas de pescado, trozos de red.

Ahogado por el agotamiento, finalmente cayó dormido. Cuando despertó se sentía muy débil, pero tranquilo.

Se oyó una llamada tímida a la puerta. Estaba abierta, y Betty entró de puntillas en la habitación, con los brazos llenos de paquetes. Él fingió que estaba dormido.

—Hola —dijo de repente.

Sobresaltada, Betty se volvió para explicarle.

—Me enteré de que estabas enfermo y te he traído algo de sopa caliente y otras cosas.

Estaba demasiado cansado para que le molestara ese número de pequeña madre de ojos muy abiertos y dejó que Betty lo alimentara con una cuchara. Cuando acabó de comer, ella abrió la ventana y ventiló la cama. En cuanto terminó de arreglar la

habitación se dispuso a marcharse, pero él la llamó.

—No te vayas, Betty.

La muchacha acercó una silla al lado de su cama y se sentó allí sin decir nada.

—Siento mucho lo que pasó el otro día —dijo él—. Debía de estar enfermo.

Betty mostró que aceptaba sus excusas ayudándole a disculparse:

—Es el trabajo de Miss Lonelyhearts. ¿Por qué no lo dejas?

—¿Para hacer qué?

—Trabajar en una agencia de publicidad, o cualquier cosa.

—No lo entiendes, Betty, no puedo dejarlo. E incluso si lo dejara, eso no cambiaría nada. Sería incapaz de olvidar las cartas, haga lo que haga.

—Quizá no lo entienda —dijo ella—, pero creo que estás haciendo el ridículo.

—Quizá pueda hacértelo entender. Vamos a empezar desde el principio. Se paga a un hombre para que aconseje a los lectores de un periódico. Ese trabajo se considera sólo un truco para vender más ejemplares y todos los empleados lo toman a broma. Al redactor le parece bien el trabajo porque puede conducirlo a la sección de notas de sociedad, y de todas formas está cansado de ser un protegido. También a él le parece que su trabajo es una broma, pero después de algunos meses de hacerlo, la broma se le empieza a ir de las manos. Se da cuenta de que la mayoría de las cartas son súplicas de consejo moral y espiritual profundamente humildes, que son expresiones confusas de sufrimientos auténticos. También descubre que los que le escriben le toman en serio. Por primera vez en su vida se ve forzado a examinar los valores según los cuales él vive. Y este examen le demuestra que él es la víctima de la broma y no su autor.

A pesar de haber hablado con sobriedad, se dio cuenta de que Betty le consideraba todavía un estúpido. Cerró los ojos.

—Estás cansado —dijo ella—. Voy a irme.

—No, no estoy cansado. Sólo cansado de hablar; habla tú un poco.

Betty le habló de su infancia en una granja y de su amor a los animales, de los ruidos y los olores del campo, de cómo está todo limpio y fresco en el campo. Le dijo que debería vivir allí y que si lo hiciera se daría cuenta de que todos sus problemas eran problemas de la ciudad.

Mientras ella estaba hablando, Shrike entró de golpe en la habitación. Estaba borracho e inmediatamente empezó a vociferar, como si a Miss Lonelyhearts lo creyera demasiado cerca de la muerte como para poder oír con claridad. Betty se marchó sin decir adiós.

Era evidente que Shrike había cazado algo de lo que Betty contó sobre la granja, porque dijo:

—Amiguete, estoy de acuerdo con Betty, eres un escapista. Pero no estoy de acuerdo en que la tierra sea el método adecuado para ti.

Miss Lonelyhearts se volvió de cara a la pared y se tapó con la ropa de la cama. Pero era imposible escaparse de Shrike. Éste levantó la voz y se puso a hablar, a través de las mantas, directamente a la parte trasera de la cabeza de Miss Lonelyhearts.

—Hay otros métodos, y para tu edificación te los voy a describir. Pero primero vamos a huir al campo, como ha recomendado Betty. Estás harto de la ciudad, llena de millones de personas por todas partes. Las costumbres y los medios de que se valen los hombres, como amasar y prestar y gastar, son completamente opuestos a tu mundo interior, te parecen insostenibles. El autobús tarda demasiado y el metro está siempre lleno. ¿Qué haces entonces? Entonces te compras una granja y vas detrás del trasero húmedo de tu caballo, sin cuello ni corbata, arando tus hectáreas amplias y etéreas. Cuando levantas la tierra fértil y negra, el viento lleva el olor de pino y estiércol por los campos y el ritmo de una ocupación vieja, muy vieja, penetra en tu alma. Con este ritmo siembras y gimes y azuzas tus vacas entre hileras preñadas de trigo y patatas. Tu paso se convierte en el paso pesadamente sexual de un indio borracho de baile, y fecundas de semillas la tierra femenina. Plantas, no dientes de dragón, sino alubias, y verduras... Bueno, ¿qué dices, amigo, qué te parece el campo?

Miss Lonelyhearts no contestó. Estaba pensando en cómo Shrike había acelerado su enfermedad al enseñarle a manejar su único escape posible, Dios, con un grueso guante de palabras.

—Me imagino que tu silencio significa que te has decidido en contra del campo. Estoy de acuerdo contigo. Una vida así es demasiado aburrida y trabajosa. Vamos a ver ahora los Mares del Sur. Vives en una cabaña de paja con la hija del rey, una joven grácil de cuyos ojos emana una antigua sabiduría. Sus pechos son peras de oro moteadas, su vientre un melón, y su olor se parece, más que ningún otro, al del helecho de la selva. Por la noche, junto a la laguna azul, la luna es de plata, cantarás a tu amor, en el suave silabeo y vocabuleo de su lánguida léngüida. Tu cuerpo es de un moreno dorado como el suyo, y los turistas necesitan el dedo enfurecido del misionero para poder distinguirte. Envidian tu taparrabos de tela, tu risa libre, tu noviecita morena y tus dedos en lugar de tenedor. Pero no les correspondes en su envidia; y cuando una bella muchacha de la buena sociedad viene a tu cabaña por la noche, tratando de aprender el secreto de tu felicidad, la mandas volver a su yate que cuelga del horizonte como un nervioso caballo de carreras. Así pasan los días, como un sueño, pescando, cazando, bailando, nadando, besando y cogiendo flores para prenderlas en tu pelo...

»Bueno, amigo mío, ¿qué te parecen los Mares del Sur?

Miss Lonelyhearts trató de conseguir que Shrike no siguiera, fingiendo que estaba dormido. Pero no logró engañarle.

—De nuevo silencio —dijo aquél—, y de nuevo tienes razón. Los Mares del Sur

se han acabado y no serviría de nada imitar a Gauguin. No te desanimes, no hemos tocado más que la superficie de nuestro tema. Vamos a ver ahora el hedonismo, o toma el dinero contante y sonante y olvídate del crédito...

»Dedicas tu vida a la persecución del placer. Sin excesos, por supuesto, sino que, sabiendo que tu cuerpo es una máquina de placer, lo tratas con cuidado para sacarle el mayor rendimiento. Golf y bebida, Philadelphia Jack O'Brien y sus barras gimnásticas así como bailarinas españolas. Sin olvidar los placeres de la mente. Fornicas bajo los cuadros de Matisse y Picasso, bebes en vasos renacentistas, y a veces pasas una tarde junto a la chimenea, con Proust y una manzana. Ay, después de haberte divertido mucho llega el día en que te das cuenta de que vas a morir pronto. No te inmutas por eso y decides dar una última fiesta. Invitas a todas tus antiguas amantes, maestros, pintores y compañeros de felicidad. Los invitados están vestidos de negro, los camareros son negros, la mesa es un ataúd labrado para ti por Eric Gill. Sirves caviar y zarzamoras y dulce de regaliz y cafés sin leche. Después de que las bailarinas han terminado, te levantas y pides silencio para explicar tu filosofía de la vida. 'La vida —dices— es un club donde no se admite a los llorones, donde sólo se concede una mano y hay que sentarse a la mesa. Así que aunque las cartas estén frías y marcadas por la mano del destino hay que jugar hasta el final, hasta el final como un caballero, como un deportista. A ponerse como una cuba, arrasad con lo que hay en el buffet, usad las chicas en el piso de arriba, pero recordad, cuando saquéis todos seis a la primera tirada, cerrar la boca como si hubierais perdido, sin cacarear'...

»No voy a preguntarte siquiera qué piensas de un escape así. Ni tienes dinero ni eres lo bastante tonto como para organizártelo. Pero ahora llegamos a uno que te va mucho mejor...

»¡El arte! Hazte pintor o escritor. Cuando tengas frío caliéntate ante las tintas llameantes de Tiziano, cuando tengas hambre aliméntate con los grandes alimentos espirituales escuchando los nobles acordes de Bach, las armonías de Brahms y la tormenta de Beethoven. ¿Crees que tiene algún significado el que todos sus nombres empiecen con B? Pero no te arriesgues, fuma una pipa 3B, y recuerda estos versos inmortales: *Cuando ante la brusca melodía se aleja el eco, muere declinante el día.* ¡Qué ritmo! Diles que guarden para ellos sus putas de alta sociedad y sus patos a la naranja. Para ti queda *l'art vivant*, el arte vivo, como tú lo llamas. Diles que ya sabes que tus zapatos están rotos y que tienes granos en la cara, sí, y que tienes dientes de conejo y que eres cojo, pero que no te importa porque mañana van a tocar los últimos cuartetos de Beethoven en el Carnegie Hall y en casa tienes las obras completas de Shakespeare en un tomo».

Después del arte, Shrike describió el suicidio y las drogas. Cuando acabó también con esto, llegó a lo que según él era la meta de su lección.

—Amigo mío, ya sé desde luego que ni la tierra, ni los Mares del Sur, ni el

hedonismo, ni el arte, ni el suicidio, ni las drogas pueden significar nada para nosotros. No somos de la clase de gente que traga camellos sólo para hacer esfuerzos en los retretes. Sólo Dios es nuestro escape. La iglesia es nuestra única esperanza, la Primera Iglesia Dentista de Cristo, donde Él es adorado como Preventor de la Decadencia. La iglesia cuyo símbolo es la trinidad al nuevo estilo: el Padre, el Hijo y el Fox Terrier de Pelo Áspero... Y por eso, mi buen amigo, déjame dictarte una carta a Cristo por ti:

Querida Señorita Corazones Solitarios de Miss Lonelyhearts:

Tengo veinte y seis años y estoy en el periodismo. La vida para mí es un desierto vacío de confort. No encuentro placer en la comida, la bebida o las mujeres —ni tampoco las artes me dan alegría ya. El Leopardo del Descontento camina por las calles de mi ciudad; el León del Desánimo se agazapa tras las paredes de mi ciudadela. Todo es desolación y aflicción de espíritu. Me siento como el infierno. Cómo puedo... Yo tengo fe: ¿cómo puedo tener fe actualmente? ¿Es verdad que los grandes científicos creen de nuevo en ti?

He leído tu columna y me gusta mucho. Allí escribiste una vez:

«Cuando la sal pierde su sabor, ¿quién deberá saborearla de nuevo?». ¿Es la respuesta: «Nadie, sino el Salvador?».

Muy agradecido te estoy por una pronta respuesta; sigo siendo tu servidor,

Un Suscriptor Regular.

9. Miss Lonelyhearts en el campo

Betty fue a ver a Miss Lonelyhearts al día siguiente y todos los días sucesivos. Llevaba consigo sopa y pollo cocido para que él comiera.

Él sabía que Betty pensaba que no quería ponerse bien. Sin embargo, siguió sus instrucciones porque se daba cuenta de que su presente enfermedad no era importante. Era simplemente un truco de su cuerpo para aliviar otra dolencia más profunda.

Siempre que mencionaba las cartas o a Cristo, Betty cambiaba de tema para contar largas historias sobre la vida en el campo. Parecía pensar que si él no hablaba nunca sobre aquellas cosas, su cuerpo sanaría, y que si su cuerpo se ponía bien todo iría bien. Miss Lonelyhearts empezó a darse cuenta que detrás de sus conversaciones sobre el campo había un plan determinado, pero no podía adivinar de qué se trataba.

Cuando llegó el primer día de la primavera, se sintió mejor. Ya había pasado más de una semana en la cama y tenía verdaderos deseos de salir. Betty lo llevó a dar un paseo por el zoológico y a él le divirtió su evidente creencia en el poder curativo de los animales. Parecía pensar que tenía que sentarle bien contemplar un búfalo.

Quería volver al trabajo, pero Betty le hizo conseguir que Shrike le ampliara por unos días su licencia por enfermedad. Se sintió agradecido hacia ella e hizo lo que le pedía. Entonces Betty le contó su plan. Su tía tenía todavía la finca de Connecticut en la que ella había nacido y podían ir allí y acampar en la casa.

Pidió prestado un viejo Ford de turismo a un amigo. Lo cargaron de comida y equipo y se pusieron en marcha una mañana temprano. En cuanto llegaron a las afueras de la ciudad, Betty empezó a portarse como una niña entusiasmada, saludando a los árboles y a la hierba con verdadero placer.

Después de atravesar New Haven llegaron a Bramford y, saliendo de la carretera del Estado, entraron por un camino vecinal que llevaba a Monkstown. La carretera pasaba por un tramo de bosque de aspecto salvaje y vieron algunas ardillas rojas y una perdiz. Tuvo que admitir, incluso en su interior, que las hojas nuevas, pálidas, como llamas de vela por la forma y el color, eran hermosas, y que el aire tenía un olor limpio y lleno de vida.

Había un estanque en la granja y lo divisaron a través de los árboles poco antes de llegar a la casa. Ella no tenía la llave, así que tuvieron que forzar la puerta. El fuerte olor a moho de muebles viejos y madera podrida les hizo toser. Él se quejó. Betty dijo que a ella no le importaba porque no era un olor humano. Dijo la palabra «humano» con tanta intención que él se rió y la besó.

Decidieron instalarse en la cocina porque era la habitación más grande y la menos llena de muebles viejos. Había cuatro ventanas y una puerta y lo abrieron todo para airear el sitio.

Mientras él descargaba el coche, Betty barrió y encendió la estufa con una silla rota. La estufa parecía una locomotora y era casi igual de grande, pero la chimenea tiraba bien y el fuego estuvo pronto en marcha. Él sacó agua del pozo y la puso a hervir sobre la estufa. Cuando el agua quemaba la usaron para limpiar un colchón viejo que habían encontrado en uno de los dormitorios. Luego pusieron el colchón a secar al sol.

Era casi el atardecer cuando Betty le permitió que dejara de trabajar. Se sentó a fumar un cigarro mientras ella preparaba la cena. Comían judías, huevos, pan, fruta, y tomaron dos tazas de café cada uno.

Cuando acabaron de comer todavía había algo de luz y bajaron a echar un vistazo al estanque. Se sentaron muy cerca uno del otro con las espaldas apoyadas en un gran roble y se pusieron a mirar cómo cazaba ranas una garza. Cuando estaban a punto de volver, dos ciervos y un cervatillo se acercaron al agua en el lado opuesto del estanque. Las moscas les molestaban y se metieron en el agua y empezaron a comer nenúfares. Betty hizo ruido sin querer y los ciervos huyeron torpemente hacia el bosque.

Cuando llegaron a la casa, estaba muy oscuro. Encendieron la lámpara de petróleo que habían traído, luego arrastraron el colchón a la cocina y se hicieron la cama en el suelo junto a la estufa.

Antes de acostarse salieron al porche de la cocina a fumar un último cigarrillo. Hacía mucho frío y él tuvo que volver por una manta. Se sentaron apretados el uno contra el otro envueltos en la manta.

Había muchas estrellas. Una lechuza hacía un ruido horrible en algún sitio del bosque y cuando dejó de hacerlo empezó un pato salvaje junto al estanque. Los grillos hacían casi tanto ruido como el pato.

Incluso envueltos en la manta tenían frío. Entraron e hicieron una gran hoguera en la estufa con trozos de una mesa de madera recia para que durara el fuego. Se comieron cada uno una manzana, luego se pusieron el pijama y se acostaron. Él empezó a acariciarla, pero cuando Betty dijo que era virgen, la dejó en paz y se durmió.

Cuando se despertó, el sol le daba en los ojos. Betty ya estaba ocupada con la estufa. Le mandó que bajara al estanque a lavarse y cuando volvió, el desayuno estaba listo. Consistía en huevos, jamón, patatas, manzanas fritas, pan y café.

Después del desayuno ella se dedicó a hacer que el sitio estuviese más cómodo y él fue con el coche a Monkstown a buscar fruta fresca y los periódicos. Se paró a echar gasolina en el garaje de Vam-Osan-Da y le contó al empleado lo de los ciervos. El hombre dijo que había todavía muchos ciervos junto al estanque porque allí nunca iban judíos. Dijo que no eran los cazadores los que espantaban a los ciervos, sino los judíos.

Llegó a la casa a la hora de la comida y, después de comer, salieron los dos juntos a dar un paseo por el bosque. Había un aire de tristeza bajo los árboles. A pesar de que la primavera ya estaba bastante avanzada, en aquella honda penumbra no había nada más que muerte —hojas podridas, hongos grises y blancos— y un silencio funerario cubriéndolo todo.

Más tarde empezó a hacer mucho calor y decidieron volver para tomar un baño. Se metieron desnudos. El agua estaba tan fría que sólo pudieron quedarse poco tiempo dentro. Volvieron corriendo a la casa y tomaron apresuradamente un trago de ginebra. Luego se sentaron en un punto del porche de la cocina donde daba el sol.

Betty no era capaz de estar sentada tranquila durante mucho tiempo. No había nada que hacer en la casa, así que empezó a lavarse la ropa interior que había traído puesta durante el viaje. Cuando acabó, tendió una cuerda entre dos árboles.

Él estaba sentado en el porche y la observaba trabajar. Tenía el pelo recogido con un pañuelo a cuadros; por lo demás, estaba completamente desnuda. Parecía un poco gorda, pero cuando levantaba algo para tenderlo en la cuerda toda la grasa desaparecía. Sus brazos levantados tiraban de los pechos hasta hacerlos parecer pulgares con la punta rosada.

No corría viento que se opusiera a la atracción de la tierra. Las hojas nuevas colgaban verticales y brillaban al sol caliente como un ejército de pequeños escudos de metal. En algún sitio del bosque cantaba un tordo. Sonaba como una flauta llena de saliva.

Betty se detuvo con los brazos en alto para escuchar al pájaro. Cuando se calló, se volvió hacia él con una risa culpable. Él le tiró un beso. Ella lo recogió con un gesto que era infantilmente sexual. Él saltó la barandilla del porche y corrió a besarla. Mientras se dejaban caer al suelo, olía a una mezcla de sudor, jabón y hierba aplastada.

10. Miss Lonelyhearts retorna

Varios días más tarde emprendieron el camino de vuelta a la ciudad. Cuando llegaron a los suburbios del Bronx, Miss Lonelyhearts supo que Betty no había conseguido curarlo y que él había tenido razón al decir que nunca conseguiría olvidar las cartas. Se sintió mejor al reconocer esto porque había empezado a considerarse un falsario y un loco.

Muchedumbres de gente se movían por la calle con una violencia onírica. Mirando sus manos rotas y bocas desgarradas, se sintió dominado por el deseo de ayudarles; y, como este deseo era sincero, se sentía feliz a pesar del sentimiento de culpabilidad que lo acompañaba.

Vio a un hombre, que parecía estar en la frontera de la muerte, entrar en un cine donde daban una película titulada *Belleza Rubia*. Una mujer andrajosa con una papada enorme sacó una revista de cotilleos amorosos de una lata de basura y parecía muy contenta de su hallazgo.

Azuzado por su conciencia empezó a generalizar. Los hombres siempre han combatido su miseria con sueños. A pesar de que hubo un tiempo en que los sueños estaban llenos de fuerza, han sido puerilizados por el cine, la radio y los periódicos. Entre los muchos engaños, éste es el peor.

Lo que hacía especialmente negativa su participación en todo ello era que él era capaz de soñar el sueño de Cristo. Pensaba que había fracasado en aquello, no tanto por las bromas de Shrike o por sus propias dudas sobre sí mismo, sino por su falta de humildad.

Finalmente se acostó. Antes de dormirse hizo el voto de intentar sinceramente ser humilde. Por la mañana, cuando se puso en marcha hacia la oficina, renovó el voto. Por suerte para él, Shrike no estaba en la redacción de asuntos locales y su humildad no se vio sometida a una prueba inmediata. Fue directamente a su mesa y empezó a abrir cartas. Después de abrir como una docena se sintió mal y decidió escribir su columna del día sin leer ninguna. No quería someterse a prueba con demasiado rigor.

La máquina de escribir estaba descubierta y puso una hoja de papel en el cilindro.

Cristo murió por ti.

Murió clavado a un árbol por ti. El don que te hace es el sufrimiento y sólo a través del sufrimiento llegarás a conocerle. Aprecia este don porque...

Sacó el folio de la máquina de un tirón. En él, incluso la palabra Cristo era vanidad. Después de contemplar mucho tiempo el montón de cartas en su mesa, se puso a mirar por la ventana. Una lenta lluvia de primavera estaba transformando los polvorientos techos alquitranados que se veían abajo en charol brillante. Todo se

hacía resbaladizo con el agua y no podía encontrar ningún punto de apoyo ni para sus ojos ni para sus sentimientos.

Volviendo a su mesa cogió una carta abultada metida en un sobre sucio. La leyó por la misma razón que un animal se desgarrará una pata herida: para hacer daño al dolor.

Querida Miss Lonelyhearts:

Como soy una admiradora de su sección, porque da tan buenos consejos a la gente que tiene problemas, que es lo que me pasa a mí también, le agradecería mucho que me dijera qué puedo hacer después de contarle mis problemas.

Durante la guerra me dijeron que si yo quería aportar mi granito de arena lo que tenía que hacer era casarme con el hombre al que estaba prometida puesto que iba a marcharse a ayudar al Tío Sam, y para abreviar una historia larga me casé con él. Después de acabarse la guerra todavía tuvo que quedarse en el ejército otro año, que era el tiempo que tenía que cumplir, y naturalmente yo me puse a trabajar porque mientras realizaba esta hazaña patriótica sólo ganaba dieciocho dólares. Trabajé durante tres años seguidos y luego tuve que quedarme en casa porque fui madre y durante todos esos años mi marido cogía un trabajo y luego se cansaba de él o prefería andar por ahí sin hacer nada. No importaba antes de tener la niña porque entonces yo podía trabajar y se pagaban las facturas, pero cuando yo lo dejé todo empezó a ir marcha atrás. Luego pasaron dos años y un niño se añadió a nuestra unión. Mi niña va a tener ocho años y mi niño seis.

Decidí después de tener el segundo hijo que, a pesar de mi salud, ya que me atropelló un coche antes de dar a luz a la niña, me pondría a trabajar en algo; pero las deudas se amontonan tan deprisa que habría hecho falta una grúa para levantarlas, no hablemos de una mujer enferma. Iba a trabajar por la noche cuando mi marido estaba en casa para que alguien pudiera vigilar al niño y lo hice hasta que el niño tuvo tres años; entonces pensé en tomar de huésped a un hombre que había estado viviendo con su hermana porque ella se iba a vivir a Rochester y él tenía que buscar otro sitio para vivir. Mi marido dijo que sí porque se imaginaba que con los quince dólares que nos iba a pagar las cosas irían mejor para él porque aquel hombre era viudo con dos hijos y porque mi marido le conocía desde hacía doce años y eran muy amigos, salían juntos, etc. Después de estar el huésped con nosotros como un año, mi marido no vino una noche a casa, luego dos noches, etc. Lo denuncié como desaparecido y después de dos meses y medio me dijeron que fuera a Grove Street y fui y él fue arrestado porque se negaba a mantenernos a mí y a

los niños. Después de haber cumplido tres meses de los seis, el juez me dijo que le diera otra oportunidad y lo hice como una tonta; y cuando llegó a casa me pegó una paliza tan grande que después tuve que gastar más de treinta dólares en el dentista.

Tenía un retiro del ejército y naturalmente era yo quien llevaba el cheque a la tienda y lo cambiaba porque él era tan vago que yo tenía que poner siempre su firma y poner mi nombre por orden; y al querer pagar al casero porque quería echarnos firmé su cheque como siempre, pero me olvidé de poner mi nombre por orden y aproveché esto para vengarse porque había tenido que cumplir tres meses y mandó pedir a Washington una copia del cheque para que me detuvieran por falsificación; pero como el carnicero sabía que yo firmaba los cheques, etc., no me hicieron nada.

Ha amenazado muchas veces con matarme diciendo que nunca se ha resuelto lo del asesinato de Mrs. Mills y a ti te va a pasar lo mismo; muchas veces al hacer las camas encuentro debajo de su almohada un martillo, tijeras, un cuchillo, una palanca, etc., y cuando le preguntaba que por qué lo hacía me quería hacer creer que no sabía nada o decía que lo habrían puesto allí los niños; y luego pasaron unos meses y yo iba a trabajar como de costumbre puesto que el huésped tenía que quedarse en casa porque a su jefe no le había llegado el material y él trabaja a destajo. Yo tenía siempre la costumbre de preparar el desayuno y hacer la comida la noche anterior y así podía quedarme en la cama hasta las siete, porque entonces mi hijo estaba en el hospital de Kings County con una enfermedad que mi marido me había pegado a mí y que había cogido mientras luchaba por el Tío Sam y también tenía que estar en la clínica para la inyección. Así que mientras yo estaba en la cama sin saber yo nada, mi marido había mandado al huésped por un periódico, y cuando volvió mi marido no estaba en casa. Luego cuando salí de mi habitación me dijo que mi marido había salido. Preparé el desayuno de la niña y tomé el mío y fui al lavadero a lavar la colada de la semana; y mientras el huésped estaba leyendo el periódico, a las doce del día llegó mi madre para ocuparse del niño porque así yo podía salir y ganar algo de dinero haciendo limpieza. Las cosas estaban algo desordenadas, las camas no estaban hechas y todo descolocado, y había que barrer un poco porque yo había estado lavando toda la mañana y no había podido hacerlo, así que pensé en hacerlo mientras estaba allí mi madre y así podía ayudarme y podía acabar pronto. Matándonos a trabajar muy deprisa para acabar enseguida me puse a barrer todas las habitaciones para que todo estuviera impecable y limpio, para que cuando mi marido volviera a casa no tuviera nada que decir. Teníamos tres camas y estaba con la última, que era una cama doble, cuando me agaché para meter la

escoba debajo de la cama y sacar las hilachas y el polvo, y he aquí que veo una cara como la máscara de un diablo que sólo se le ve lo blanco de los ojos y las manos como garfios para estrangular a cualquiera, y entonces lo vi moverse y me asusté tanto que estuve casi hasta la noche histérica y estaba paralizada de la cintura para abajo. Creí que no iba a ser capaz de andar nunca más. Mi madre llamó a un médico y él dijo que a aquel hombre tendrían que meterlo en un manicomio por hacer una cosa así. Era mi marido que se había tumbado bajo la cama desde las siete de la mañana hasta casi la una y media, tumbado encima de sus necesidades en vez de ir al water, esperando para asustarme.

Así que como no podía fiarme de él no quería dormir con él, y cuando le dije al huésped que se encontrara otro sitio porque pensé que quizás estaba celoso o algo, me puse a dormir en la cama del huésped en otra habitación. Algunas noches me despertaba y lo encontraba de pie al lado de mi cama riéndose como un loco o dando vueltas desnudo, etc.

Me compré una máquina nueva de coser porque coso algo para otra gente para irnos arreglando así, y una noche mientras estaba fuera entregando el trabajo volví a la casa para encontrármela vacía, y él había empeñado mi máquina de coser y también todas las otras cosas que se podían empeñar de la casa. Desde el día que me dio el susto paso las noches muy nerviosa, cuando me levanto por los niños me parece que va a estar detrás de una cortina y que va a saltar sobre mí o ponerme la mano encima antes de que pueda encender la luz. Pues como he tenido que reconocer que no podía hacer que trabajara en ningún sitio fijo y que yo tengo que ser madre y ama de casa y quien gana el dinero y que no podía dejar que los nervios me dominaran, pues perdí un buen empleo una vez por culpa de los nervios, me marché a vivir a otro sitio por las buenas y de todas formas ya no quedaba mucho en la casa. Pero me suplicó que le diera otra oportunidad, así que pensé que se la daría en vista de que es el padre de mis hijos, y entonces hizo más cosas de locos, demasiadas para escribirlas, y volví a dejarlo. Cuatro veces volvimos a juntarnos y cuatro veces volví a dejarlo. Por favor, Miss Lonelyhearts, créame que tanto hablar y hablar es sólo por los niños y perdóneme porque no sé cómo va usted de dinero, pero todo lo que sé es que en más de tres años todo lo que me ha dado han sido doscientos dólares en total.

Hace unos cuatro meses le entregué una orden de arresto por no mantenernos y la rompió y se marchó de casa, y desde entonces no he vuelto a verle, y como he tenido pulmonía y mi hijita ha tenido la gripe me encontré con dificultades económicas con el médico y tuvimos que ir al hospital, y cuando salimos del hospital tuve que decirle al huésped que viniera a vivir

otra vez con nosotros, porque eran quince dólares seguros a la semana y si me pasara algo él estaría aquí para cuidarse de los niños. Pero intenta que yo sea mala, y como no hay nadie en la casa cuando viene borracho los sábados por la noche no sé qué hacer, pero hasta ahora no le he dejado. No sé dónde está mi marido, pero he recibido una carta asquerosa de él donde incluso acusa de cosas a sus hijos inocentes y me pregunta sarcásticamente por el excelente huésped.

Querida Miss Lonelyhearts: por favor no se enfade conmigo por escribir una carta tan larga y robándole tanto tiempo para leerla, pero si llegara a escribir todas las cosas que me han pasado viviendo con él llenaría un libro, y perdóneme por decir algunas cosas sucias porque tenía que darle una idea de lo que está pasando en mi casa. Cualquiera mujer tiene derecho a tener un hogar, ¿no es verdad? Así que, Miss Lonelyhearts, ponga unas cuantas líneas en su columna cuando se refiera a esta carta para que yo sepa que me está ayudando. ¿Debo volver con mi esposo? ¿Cómo puedo mantener a mis hijos? Agradeciéndole mucho cualquier consejo que pueda darme, se despide atentamente,

Hombros Anchos.

P.D.—Querida Miss Lonelyhearts: no crea que soy ancha de hombros, pero así me hace sentirme la vida, es lo que quiero decir.

11. Miss Lonelyhearts y el lisiado

Miss Lonelyhearts evitaba a Betty porque le hacía sentirse ridículo. Estaba tratando todavía de aferrarse a su humildad, y conforme dejaba de reírse de sí mismo más fácil le era practicarle. Cuando Betty telefoneaba, él se negaba a contestar; y después de que no respondió dos veces su llamada, ella le dejó en paz.

Un día, aproximadamente una semana después de volver del campo, Goldsmith le invitó a salir para echar un trago. Cuando aceptó, lo hizo con tanta humildad que Goldsmith se asustó y casi le recomendó un médico.

Encontraron a Shrike en Delehanty's y se unieron a él en la barra. Goldsmith trató de decirle algo al oído sobre el estado de Miss Lonelyhearts, pero Shrike estaba borracho y se negó a escuchar. Se enteró sólo de parte de lo que Goldsmith trataba de decirle.

—No estoy de acuerdo contigo, mi buen Goldsmith —dijo Shrike—. No llames enfermos a los que tienen fe. Ellos son los que están sanos. Sois vosotros los que estáis enfermos.

Goldsmith no contestó y Shrike se volvió hacia Miss Lonelyhearts.

—Vamos, hermano, cuéntanos, ¿cómo llegaste a creer? ¿Fue la música de una iglesia, o la muerte de un ser querido, o, por ventura, algún viejo y sabio sacerdote?

Los chistes de siempre ya no ejercían efecto sobre Miss Lonelyhearts. Dirigió una sonrisa a Shrike como se supone que serían las sonrisas que dirigieron los santos a los que estaban a punto de martirizarles.

—Ah, pero qué tonto soy —siguió Shrike—. Han sido las cartas, desde luego. ¿No he dicho yo mismo que las Miss Lonelyhearts son los sacerdotes de la América del siglo xx?

Goldsmith se echó a reír y Shrike, para mantener su risa, usó un viejo truco; fingió estar ofendido.

—Goldsmith, eres el producto asqueroso de esta edad descreída. No puedes creer, sólo puedes reír. Lo tragas todo con un puñado de sal y te olvidas de que la sal es enemiga tanto del fuego como del hielo. Ten cuidado, la sal que usas no es sal ática, es sal gorda de carnicero. No conserva; mata.

El barman que estaba junto a ellos interrumpió para dirigirse a Miss Lonelyhearts:

—Perdóneme, señor, pero hay un caballero aquí llamado Doyle que quiere hablar con usted. Dice que usted conoce a su esposa.

Hizo una seña a alguien que estaba en la otra punta de la barra antes de que Miss Lonelyhearts pudiera contestarle. Un pequeño inválido respondió a la señal e inmediatamente se puso en marcha hacia ellos. Usaba bastón y arrastraba uno de sus pies tras de sí en un zapato en forma de caja y con una suela de diez centímetros. Al tiempo que cojeaba con dificultad, hacía movimientos inútiles como los de un insecto

parcialmente aplastado.

El camarero presentó al inválido como Mr. Peter Doyle. Doyle estaba muy excitado y les dio la mano dos veces a todos; entonces, con un movimiento de la mano que pretendía ser desenvuelto, pidió una ronda de bebidas.

Antes de levantar su vaso, Shrike examinó cuidadosamente al lisiado. Cuando acabó hizo un guiño a Miss Lonelyhearts y dijo:

—Por la humanidad.

Le dio unos golpecitos a Doyle en la espalda.

—Humanidad, humanidad... —suspiró, moviendo tristemente su cabeza—. Qué es el hombre que...

El camarero interrumpió otra vez para ayudar a su amigo y trató de llevar la conversación a un terreno habitual.

—Mr. Doyle es inspector de contadores de la compañía del gas.

—Y debe ser un trabajo excelente —dijo Shrike—. Podría proporcionarnos un punto de vista nuevo. Nosotros los periodistas somos gente limitada en muchos aspectos y nos gusta oír los dos lados de un caso.

Doyle había estado observando a Miss Lonelyhearts como si estuviera buscando algo, pero ahora se volvió hacia Shrike y trató de ser agradable.

—¿Sabe usted lo que dice la gente, Mr. Shrike?

—No, buen hombre, ¿qué es lo que dice la gente?

—Hoy día todo el mundo tiene una nevera y dicen que nosotros los inspectores de contadores sustituimos al hielero en los chistes.

Intentó, más bien tímidamente, mirar de soslayo.

—¡Cómo! —le gritó Shrike—. Me doy cuenta, señor, de que no es usted el hombre que buscamos. No puede usted saber nada de la humanidad, usted es la humanidad. Le dejo en manos de Miss Lonelyhearts.

Llamó a Goldsmith y se marchó con paso majestuoso.

El lisiado estaba confuso y enfadado.

—Su amigo está loco —dijo.

Miss Lonelyhearts sonreía todavía, pero el carácter de su sonrisa había cambiado. Se había llenado de compasión y era un poco triste.

La nueva sonrisa era para Doyle, quien se dio cuenta. Sonrió en respuesta, agradecido.

—Ah, me había olvidado —dijo Doyle—, me dijo mi mujer que si tropezaba con usted le invitara a comer en casa. Por eso le pedí a Jake que nos presentara.

Miss Lonelyhearts estaba ocupado con su sonrisa y aceptó, sin pensar en la noche que había pasado con la mujer de Doyle. El lisiado se sintió honrado y le dio la mano por tercera vez. Evidentemente era su único gesto de sociabilidad.

Después de algunas bebidas más, cuando Doyle dijo que estaba cansado, Miss

Lonelyhearts aconsejó que pasaran al cuarto de atrás. Encontraron una mesa y se sentaron uno frente al otro.

El lisiado tenía una cara muy extraña. Los ojos no estaban equilibrados; la boca no estaba debajo de la nariz; la frente era cuadrada y huesuda; y su barbilla redonda era como una frente en miniatura. Parecía una de esas fotografías compuestas usadas por revistas de cine para un concurso de acertijos.

Estuvieron sentados, mirándose el uno al otro, hasta que el esfuerzo de la comunicación sin palabras empezó a ponerles nerviosos. Doyle hacía arreglos vagos e innecesarios a la colocación de su ropa. A Miss Lonelyhearts le era muy difícil mantener su sonrisa constantemente.

Cuando finalmente y con mucho trabajo el lisiado consiguió hablar, Miss Lonelyhearts fue incapaz de entenderle. Escuchó, haciendo un esfuerzo, durante algunos minutos, y se dio cuenta de que Doyle no estaba haciendo ningún esfuerzo para que se le comprendiera. Estaba pariendo grupos de palabras que vivían dentro de él como objetos, un revoltijo de las respuestas que había pensado soltar cuando le insultaran y las maldiciones privadas contra el destino que la experiencia le había enseñado a tragarse.

Como un sacerdote, Miss Lonelyhearts alejó ligeramente su cara. Observó el juego de las manos del lisiado. Al principio parecían no expresar nada más que nerviosismo; luego, poco a poco, adquirieron una calidad pictórica. Las manos se quedaban rezagadas para ilustrar algo que ya había acabado de contar, o se adelantaban para ilustrar algo de lo que no había empezado a hablar todavía. Conforme fue aclarándose más, las manos dejaron de tratar de ayudar a las palabras y empezaron a entrar y salir rápidamente entre la ropa. Una de ellas salió de repente de un bolsillo de su abrigo, arrastrando varias hojas de papel de escribir. Obligó a Miss Lonelyhearts a cogerlas.

Querida Miss Lonelyhearts:

Estoy un poco avergonzado de escribirle porque un hombre como yo no se debe meter en tonterías de éstas, pero mi mujer me ha dicho que es usted un hombre y no una idiota de mujer, así que lo pensé; y he pensado que le iba a escribir después de leer su contestación a Desilusionada. Soy un lisiado de cuarenta y un años, lo cual he sido toda mi vida y no me he dejado aplanar hasta hace poco que he empezado a sentirme hecho un asco todo el tiempo porque no se va a ninguna parte y me pregunto para qué sirve todo. Usted ha estudiado, así que supongo que usted lo sabrá. Lo que quiero saber es por qué tengo que andar por ahí arrastrando la pierna, subiendo y bajando escaleras, leyendo contadores para la compañía del gas por una porquería de 22,5 dólares, mientras los jefes van en soberbios coches medrando a costa del país.

No crea que soy un asqueroso rojo. Ya he leído que en Rusia fusilaron a los lisiados porque no podían trabajar, pero yo puedo trabajar mejor que cualquier vagabundo de los que hay en los parques y también mantener a una mujer y un hijo. Pero no le escribo por eso. Lo que quiero saber es de qué me sirve arrastrar esta mierda de pierna por las calles y tener que bajar a sótanos que apestan con la pierna que duele todo el rato que parece que va a explotar, que cuando ya voy acabando el trabajo me parece que me voy a volver loco del dolor, y cuando llego a casa lo único que oigo es dinero, dinero, que no es un hogar para un hombre como yo. Lo que quiero saber es de qué demonios sirve un día y otro con un pie como el mío arrastrándose y forcejeando por tres putas monedas con un dolor metido hasta dentro de usar tanto el pie. El médico me dijo que tenía que descansar durante seis meses, pero quién me va a pagar cuando esté descansando. Pero tampoco es esto lo que quiero decir, porque usted podría decirme que cambie de trabajo y dónde voy a encontrar otro, ya tengo suerte de tener éste. No es del empleo de lo que me quejo, lo que quiero saber es qué sentido tiene todo este apestoso negocio.

Por favor, escríbame contestándome, pero no en el periódico, porque mi mujer lee sus cosas y no quiero que sepa que le he escrito porque yo siempre he dicho que los periódicos no sirven para nada, pero pensé que usted puede saber algo sobre esto porque usted ha leído muchos libros y yo ni siquiera he podido acabar el bachiller.

Atentamente,

Peter Doyle.

Mientras Miss Lonelyhearts descifraba aquella escritura garrapateada, la mano húmeda de Doyle había tocado casualmente la suya bajo la mesa. Miss Lonelyhearts la apartó bruscamente, pero luego volvió a acercarla, forzándola a estrechar la mano del lisiado. Cuando acabó la carta, en vez de soltar la mano siguió oprimiéndola con todo el amor de que era capaz. Al principio el lisiado disimuló su incomodidad ocultando el sentido del contacto con un apretón de manos, pero pronto cedió y los dos permanecieron sentados con las manos unidas.

12. Miss Lonelyhearts hace una visita

Salieron juntos del bar, los dos muy bebidos y muy ocupados: Doyle con las injusticias que había sufrido y Miss Lonelyhearts con la cosa triunfante en que se había convertido su humildad.

Tomaron un taxi. Cuando entraban en la calle donde vivía Doyle, éste empezó a maldecir a su mujer y a su pie inútil. Recurrió a Cristo para que los despedazara a los dos.

Miss Lonelyhearts estaba muy feliz, y dentro de su cabeza estaba también dirigiéndose a Cristo. Pero su llamada no era una maldición, sino la forma que tomaba su alegría.

Cuando el taxi se detuvo junto al bordillo, Miss Lonelyhearts ayudó a salir a su compañero y le llevó hasta la casa. Hicieron mucho ruido en la puerta y Mrs. Doyle salió al pasillo. Al verla, el lisiado empezó a maldecir otra vez.

Mrs. Doyle saludó a Miss Lonelyhearts; luego agarró a su marido y lo zarandó hasta dejarlo sin respiración. Después, cuando vio que se había tranquilizado, lo arrastró al interior. Miss Lonelyhearts los siguió, y, al pasar junto a ella, en la entrada oscura, Mrs. Doyle le dio un golpe en el trasero y se echó a reír.

Después de lavarse las manos se sentaron a comer. Mrs. Doyle ya había cenado y les servía. Lo primero que puso en la mesa fue una botella de tres cuartos de tinto.

Cuando llegaron al café, la mujer se sentó al lado de Miss Lonelyhearts. Podía sentir la rodilla de ella apretándose contra la suya bajo la mesa, pero no hizo caso. Interrumpía su propia sonrisa beatífica sólo para beber. La pesada comida le había atontado un poco y estaba intentando desesperadamente sentir de nuevo lo que había sentido cuando tenía cogidas las manos del lisiado en el bar.

Mrs. Doyle puso su muslo bajo el suyo, pero al no obtener respuesta se levantó de repente y se fue al cuarto de estar. La siguieron unos minutos más tarde y la encontraron preparando unos combinados con Ginger-ale.

Bebieron en silencio. Doyle tenía un aspecto somnoliento y su mujer estaba empezando a estar borracha. Miss Lonelyhearts no hacía ningún esfuerzo por ser sociable. Estaba ocupado tratando de encontrar un mensaje. Cuando hablara, tendría que hacerlo en forma de un mensaje.

Después del tercer combinado, Mrs. Doyle empezó abiertamente a hacerle guiños a Miss Lonelyhearts, pero éste siguió negándose a prestarle atención. Al lisiado, sin embargo, le molestaban mucho esas señales. Empezó a inquietarse y a murmurar entre dientes.

Los ruidos confusos que hacía molestaban a Mrs. Doyle.

—¿Qué demonios estás diciendo? —preguntó.

El lisiado inició un suspiro que acabó en un gemido y luego, como avergonzado

de sí mismo, dijo:

—Soy un cabrón, ¿no?, trayéndole a mi mujer un hombre a casa. —Lanzó una rápida mirada a Miss Lonelyhearts y se rió excusándose.

Mrs. Doyle estaba furiosa. Enrolló un periódico convirtiéndolo en una cachiporra y golpeó a su marido en la boca. Éste la sorprendió haciéndose el tonto. Ladró como un perro y cogió el periódico entre los dientes. Cuando ella soltó la otra punta se puso a cuatro patas y continuó la imitación en el suelo.

Miss Lonelyhearts trató de conseguir que el lisiado se levantara y se inclinó para ayudarle; pero cuando lo estaba haciendo, Doyle le abrió la bragueta, y luego se puso a rodar por el suelo riéndose salvajemente.

Su mujer le dio una patada y se dio la vuelta con un bufido de desprecio.

El lisiado se cansó pronto de reír y todos volvieron a sus asientos. Doyle y su mujer estaban sentados mirándose el uno al otro, mientras Miss Lonelyhearts empezaba, de nuevo, a buscar un mensaje.

El silencio molestaba a Mrs. Doyle: Cuando ya no pudo soportarlo más, fue al aparador a preparar otra ronda de bebidas. Pero la botella estaba vacía. Le pidió a su marido que fuera a la tienda de la esquina a buscar ginebra. Doyle se negó con un movimiento simple y breve de la cabeza.

Ella trató de discutir. Él no le hizo caso y la mujer se enfureció.

—¡Vete por ginebra! —chilló—. ¡Vete a buscar ginebra, bastardo!

Miss Lonelyhearts se levantó. Todavía no había encontrado su mensaje, pero tenía que decir algo:

—Por favor, no se peleen —suplicó—. Él la quiere, señora Doyle; por eso se porta de esa manera. Sea amable con él.

Ella gruñó molesta y salió de la habitación. Se podía oír el ruido que hacía tirando las cosas en la cocina.

Miss Lonelyhearts se acercó al lisiado y le sonrió con la misma sonrisa que había utilizado en el bar. El lisiado le devolvió la sonrisa y le alargó la mano. Miss Lonelyhearts se la apretó y se quedaron así, sonriendo y agarrados de la mano hasta que Mrs. Doyle volvió a la habitación.

—Qué pareja más tierna de maricas sois —dijo.

El lisiado retiró la mano e hizo un gesto como si fuera a pegar a su mujer. Miss Lonelyhearts se percató de que había llegado el momento de exponer su mensaje. Ahora o nunca.

—Usted, Mrs. Doyle, tiene un cuerpo grande y fuerte. Manteniendo a su marido entre sus brazos puede calentarlo y darle vida. Puede usted eliminar el frío de sus huesos. Su marido arrastra sus días por callejones y sótanos llevando una carga pesada de cansancio y dolor. Usted puede cambiar esta carga en un sueño de usted misma. Un sueño radiante que será como una dínamo que él llevará dentro. Puede

usted hacer esto dejando que la conquiste en su cama. Y en pago, su marido florecerá, será algo ardiente sobre usted...

Mrs. Doyle estaba demasiado sorprendida para reírse, y el lisiado volvía su cara al otro lado como avergonzado.

Con las primeras palabras, Miss Lonelyhearts ya sabía que resultaría ridículo. Al evitar a Dios no había podido contener la fuerza de su corazón y simplemente había escrito un artículo para el periódico.

Lo intentó otra vez, poniéndose histérico:

—Cristo es amor —les gritó. Fue un grito escénico, pero conservó el tono—. Cristo es el fruto negro que cuelga del árbol-cruz. El Hombre se ha perdido por comer del fruto prohibido. Será salvado por comer del fruto brindado. El negro fruto de Cristo, el fruto del amor...

Esta vez había fracasado todavía más lamentablemente. Había sustituido la retórica de Miss Lonelyhearts por la de Shrike. Se sintió como una botella vacía, brillante y estéril.

Cerró los ojos. Cuando oyó decir al lisiado: «Te quiero, te quiero», los abrió y le vio besando a su mujer. Se dio cuenta de que el lisiado no lo estaba haciendo por lo que él había dicho, sino por lealtad.

—Muy bien, imbécil —dijo Mrs. Doyle a su marido con tono de reina—. Te perdono, pero vete a la tienda por ginebra.

Sin mirar a Miss Lonelyhearts, el lisiado cogió el sombrero y salió. Cuando se hubo ido, Mrs. Doyle sonrió.

—Estabas comiquísimo con la bragueta abierta —dijo—. Creí que iba a morirme de risa.

Él no contestó.

—Chico, él es celoso —siguió ella—. Todo lo que tengo que hacer es señalar a un tío corpulento y decir: «Caray, me gustaría tenerlo a él amándome apasionadamente». Se vuelve loco.

Su voz era baja y espesa y estaba claro que trataba de excitarle. Cuando fue a la radio para sintonizar alguna orquesta de jazz, ondeaba su trasero hacia él como una bandera.

Le dijo que estaba demasiado cansado para bailar. Después de hacer unos pasos obscenos frente a él, Mrs. Doyle se sentó en sus rodillas. Trató de apartarla, pero ella siguió apretando su boca abierta contra la suya; y cuando dio vuelta la cara, la mujer le hoció la mejilla. Se sentía como una botella vacía a la que empezaran a llenar lentamente de agua caliente y sucia.

Cuando Mrs. Doyle se abrió el escote del vestido e intentó por la fuerza meterle la cabeza entre sus pechos, él abrió las rodillas en un rápido tirón que la envió al suelo. Ella trató de arrastrarlo hacia abajo sobre sí misma. Él lanzó un golpe a ciegas y le

dio en la cara. Mrs. Doyle chilló y volvió a golpearla una vez y otra. Le estuvo pegando hasta que ella dejó de intentar sujetarle. Entonces huyó de la casa corriendo.

13. Miss Lonelyhearts va a una fiesta

Miss Lonelyhearts había vuelto a la cama. Estaba seguro de que esta vez la cama lo estaba llevando a alguna parte, y con gran velocidad. Sólo tenía que dejarse llevar tranquilamente. Había estado viajando sobre ella durante tres días.

Antes de subir a bordo se había preparado para el viaje atascando la campanilla del teléfono y comprando varias cajas enormes de galletas saladas. Ahora estaba echado sobre la cama, comiendo galletas, bebiendo agua y fumando cigarrillos.

Pensó en lo calmado que estaba. Su calma era tan perfecta que no podía destruirla ni siquiera siendo consciente de ella. En tres días había ido muy lejos. Oscureció en la habitación. Salió de la cama, se lavó los dientes, orinó, apagó la luz y se puso a dormir. Se durmió sin siquiera suspirar y durmió el sueño del sabio y del inocente. Sin soñar, estaba consciente de la presencia de luciérnagas y del chapoteo de los océanos.

Más tarde un tren entró en una estación donde él era una estatua reclinada que tenía un reloj parado; una diligencia entró traqueteando en el corral de una posada donde él estaba sentado sobre una guitarra, gorra en mano, esparciendo la lluvia con su lomo.

Se despertó. El ruido de los dos arribos se había combinado para transformarse en un golpe a la puerta. Salió de la cama. A pesar de que estaba completamente desnudo fue a atender sin ponerse nada. Cinco personas, dos de las cuales eran mujeres, entraron de golpe. Las mujeres chillaron cuando le vieron y volvieron a salir al pasillo rápidamente.

Los tres hombres mantuvieron el terreno ganado. Miss Lonelyhearts reconoció a Shrike entre ellos y vio que estaba muy bebido, como los otros. Shrike dijo que una de las mujeres era su esposa y quería pegarle a Miss Lonelyhearts por insultarla.

Miss Lonelyhearts siguió tranquilamente en el centro de la habitación. Shrike se abalanzó contra él pero cayó hacia atrás, como retrocede una ola que se abalanza contra una antigua roca suavizada por la experiencia. No hubo segunda ola.

En lugar de ello Shrike se volvió jovial. Dio unas palmadas en la espalda a Miss Lonelyhearts:

—Ponte un par de pantalones, chaval —dijo—, nos vamos a una fiesta.

Miss Lonelyhearts cogió una caja de galletas.

—Vamos, hijo mío —le metió prisa Shrike—. Beber en solitario es la madre de los alcohólicos.

Miss Lonelyhearts examinaba cuidadosamente cada galleta antes de lanzarla dentro de su boca.

—No seas aguafiestas —dijo Shrike muy enfadado. Era una gaviota tratando de poner un huevo en el flanco liso de una roca, una gaviota torpe y chillona—.

Queremos jugar a un juego y te necesitamos a ti para poder jugar: «Cada uno es su propia Miss Lonelyhearts». Lo he inventado yo y no se puede jugar sin ti.

Shrike sacó un gran fajo de cartas de los bolsillos y las agitó ante Miss Lonelyhearts. Él las reconoció; eran del archivo de su oficina.

La roca se mantuvo sólida y en calma. A pesar de que Miss Lonelyhearts estaba seguro de poder soportar cualquier prueba, estaba dispuesto a comprobarlo. Empezó a vestirse.

Bajaron la escalera y se amontonaron los seis dentro de un taxi. Mary Shrike iba sentada en sus rodillas, pero a pesar de su continuo movimiento de borracha la roca permanecía en perfecto estado.

La fiesta era en el apartamento de Shrike. Se oyó una aclamación cuando entró Miss Lonelyhearts y la gente se precipitó hacia delante. Él se mantuvo firme y ellos refluyeron en una onda inútil. Sonrió. Se había librado de más de una docena de borrachos. Se había librado de ellos sin esfuerzo ni intención. Cuando estaba allí, sonriendo, una pequeña ola se destacó de la confusión general y se deshizo a sus pies en demanda de atención. Era Betty.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás enfermo otra vez?

No contestó.

Después de sentarse todo el mundo, Shrike hizo los preparativos para empezar el juego. Repartió papel y lápiz, luego llevó a Miss Lonelyhearts al centro de la habitación y empezó su arenga.

—Damas y caballeros —dijo imitando la voz y los gestos de un pregonero de circo—. Esta noche tenemos con nosotros a un hombre al que todos ustedes conocen y admiran. Miss Lonelyhearts, el del corazón que canta, un Mussolini del alma pero todavía más hinchado.

»Ha venido aquí esta noche para ayudarles en sus problemas morales y espirituales, para darles un lema, un motivo, un valor absoluto y una *raison d'être*.

»Quizá algunos de ustedes consideran que han ido demasiado lejos, que no tienen ayuda posible. Temen que incluso Miss Lonelyhearts, a pesar de la intensidad de su antorcha, será incapaz de pegarles fuego. Temen que incluso aunque se sometan a su ardiente llama sólo echarán humo y despedirán mal olor. Sed buenos de corazón porque yo sé que estallaréis en llamas. Es seguro que Miss Lonelyhearts prevalecerá...».

Shrike sacó el fajo de cartas y las agitó sobre su propia cabeza.

—Procederemos sistemáticamente —dijo—. Primero, cada uno de ustedes hará lo posible para contestar una de estas cartas; luego, de acuerdo con su respuesta, Miss Lonelyhearts diagnosticará sus males morales. Después les dirigirá por el camino de la perfección.

Shrike pasaba entre sus huéspedes y distribuía las cartas como hace un mago con

los naipes. Hablaba continuamente y leía una parte de cada carta antes de entregarla.

—Aquí hay una de una vieja que se le murió el hijo la semana pasada. Tiene setenta años y vende lápices para ganarse la vida. No tiene medias y lleva unas botas grandes cubriendo sus pies destrozados y sangrantes. Tiene reuma en los ojos. ¿Tienen ustedes sitio para ella en sus corazones?

»Éste es un ganador. Un muchacho que quiere un violín. Parece sencillo; todo lo que hay que hacer es comprarle uno al chaval. Pero luego se descubre que ha dictado la carta a su hermanita. Está parálítico y ni siquiera puede tomar la comida solo. Tiene un violín de juguete y lo aprieta contra el pecho imitando el sonido de la música con la boca. ¡Qué patético! Sin embargo, se puede aprender mucho de esta parábola. Llamad al muchacho Trabajo, al violín Capital, etcétera...».

Miss Lonelyhearts lo soportaba todo con la mayor serenidad; ni siquiera le interesaba. A la roca no le interesa lo que pasa en el mar.

Después de haber repartido todas las cartas, Shrike le dio una a Miss Lonelyhearts. Éste la cogió, pero, después de sujetarla durante un momento, la dejó caer al suelo sin leerla.

Shrike no estaba callado ni un instante.

—Se están sumergiendo ustedes en un mundo de miseria y sufrimiento, poblado de criaturas ajenas a todo lo que no sea enfermedad y policías. Atosigados por la primera, luego son acosados por los segundos...

»Dolor, dolor, dolor, el apagado, sórdido, devorador, crónico, dolor de corazón y de mente. El dolor que sólo un gran bálsamo espiritual puede aliviar...».

Cuando Miss Lonelyhearts vio a Betty levantarse para salir, la siguió. También ella tenía que ver que se había transformado en una roca.

Shrike no le echó de menos hasta que descubrió la carta en el suelo. La recogió, trató de encontrar a Miss Lonelyhearts y luego volvió a dirigirse a la reunión.

—El maestro ha desaparecido —anunció—, pero no desesperéis. Todavía estoy con vosotros. Soy su discípulo y os dirigiré en el camino de la perfección. Primero dejad que os lea esta carta directamente dirigida al maestro.

Sacó la carta de su sobre como si no la hubiera ya leído antes y empezó:

—¿Qué clase de canalla asqueroso es usted? Cuando llegué a casa con la ginebra me encontré a mi mujer llorando en el suelo y la casa llena de vecinos. Dijo que había intentado usted violarla, cerdo asqueroso, y querían llamar a la policía, pero dije que yo mismo me encargaría de este asunto, usted...

»¡Santo Dios!, realmente no soy capaz de leer este vil lenguaje. Seguiré adelante suprimiendo los juramentos. “Así que esto es lo que significan todos esos discursos tan finos, hijo de puta, deberían saltarle la tapa de los sesos.” Está firmado, “Doyle”.

»Bien, bien, así que el maestro es otro Rasputín. ¡Cómo se tambalea la fe de uno ante esto! Pero no puedo creerlo. No voy a creerlo. El maestro no puede hacer el mal.

Mi fe está intacta. Esto es sólo un ataque más del demonio contra él. Por nosotros ha pasado su vida luchando contra el archienemigo, y es él quien triunfará. Quiero decir Miss Lonelyhearts, no el demonio.

»El evangelio según Shrike. Dejadme que os hable de su vida. Se despliega ante mí como un rollo de pergamino. Primero, en la aurora de su infancia, radiante de inocencia pura, como una estrella lavada por la lluvia, prosigue su fatigoso camino a la Universidad de los Duros Golpes. Después, un joven ya, se lanza hacia la noche desde la cama de su primera puta. Y luego, el hombre, Miss Lonelyhearts el hombre, luchando valientemente para llevar a cabo un ideal elevado, su carrera delimitada por una altiva meta. Pero ¡oh, cielos!, frío y desdeñoso, el mundo acumula obstáculo tras obstáculo en su camino; cuando considera que la meta está próxima, una voz de trueno le ordena: “Alto”, y él piensa: “Que cada uno de los obstáculos sea uno de los peldaños de tu escalera”. “Alto, más alto, sube.” Y así va ascendiendo, un fatigoso peldaño y luego otro, y así se impulsa a sí mismo, jadeante de fuego sagrado. Y así...».

14. Miss Lonelyhearts y el vestido de fiesta

Cuando Miss Lonelyhearts salió del piso de Shrike encontró a Betty en el portal esperando el ascensor. Llevaba un vestido azul claro, muy de fiesta. Se vestía según la ocasión, pensó él.

Incluso la roca se conmovió al darse cuenta de esto. No; no era la roca lo que se había conmovido. La roca seguía siendo perfecta. Era su mente lo que se había conmovido, el instrumento con el que conocía a la roca.

Se acercó a Betty con una sonrisa porque su mente estaba libre y clara. Las cosas que la enfangaban se habían precipitado a la roca.

Pero ella no contestó a su sonrisa.

—¿Por qué haces muecas? —le largó.

—Oh, lo siento —dijo él—. Por nada.

Entraron juntos al ascensor. Cuando llegaron a la calle, la cogió del brazo a pesar de que ella intentaba separarse.

—¿No quieres tomar un refresco? Por favor —rogó él. El vestido de fiesta había dado la inspiración a su mente simplificada, y la discusión de chico-y-chica que vino a continuación le llenó de alegría.

—No; me voy a casa.

—Anda, vamos —dijo él, tirando de ella hacia un bar de refrescos. Betty, al tiempo que andaba, exageraba inconscientemente su aspecto de niña-en-traje-de-fiesta.

Tomaron dos refrescos de fresa. Chupaban con sorbetes las gotas color rosa, ella haciendo pucheros ante su sonrisa, sin que ninguno de los dos estuviera consciente de estar muy atractivo.

—¿Por qué estás enfadada conmigo, Betty? Yo no he hecho nada. Fue idea de Shrike y era él quien hablaba todo el tiempo.

—Porque eres un tonto.

—He dejado el empleo de Miss Lonelyhearts. No he ido a la oficina ya hace casi una semana.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a buscar trabajo en una agencia de publicidad.

No estaba mintiendo deliberadamente. Sólo intentaba decir lo que Betty deseaba que dijera. El vestido de fiesta era tan alegre, tan encantador: azul claro con un vaporoso cuello de encaje punteado de rosa, como el borde de su refresco.

—Deberías ir a ver a Bill Wheelright para pedirle trabajo. Tiene una agencia. Es buena persona... Está enamorado de mí.

—No podría trabajar para un rival.

Betty arrugó la nariz y los dos se rieron.

Él seguía riéndose cuando se dio cuenta de que algo iba mal en la risa de ella. Estaba llorando.

Buscó la roca. Seguía allí; ni la risa ni las lágrimas podían afectar a la roca. Era inconsciente del viento o de la lluvia.

—Oh... —sollozó Betty—. Soy una tonta. —Salió corriendo de la tienda.

La siguió y la alcanzó. Pero sus sollozos aumentaron; llamó a un taxi y la hizo entrar.

Ella empezó a hablar entre sollozos. Estaba embarazada. Iba a tener un niño.

Él puso la roca en primer término y esperó con un aplomo total a que dejara de llorar. Cuando se calló, le pidió que se casara con él.

—No —dijo ella—. Voy a abortar.

—Por favor, cástate conmigo —suplicó de la misma forma que le había suplicado que tomaran un refresco.

Pidió al vestido de fiesta que se casara con él, diciendo todas las cosas que el vestido deseaba oír, todo lo que iba bien con refrescos de fresa y granjas en Connecticut. Era simplemente lo que el vestido de fiesta deseaba que fuera: sencillo y dulce, poético y con fantasía, un poco colegial y sin embargo, muy masculino.

Para cuando llegaron a casa de Betty, estaban discutiendo su vida después del matrimonio. Dónde vivirían y cuántas habitaciones tendría la casa. Si podrían permitirse tener el niño. Cómo arreglarían la granja de Connecticut. Qué clase de muebles les gustaban a los dos.

Betty accedió a tener el niño. Ese tanto lo ganó él. A cambio, accedió a visitar a Bill Wheelright para pedirle un empleo. Riéndose mucho decidieron tener tres camas en el dormitorio. Dos camas gemelas para dormir, muy relamidas y puritanas, y, entre ellas, una para el amor, una cama doble muy adornada, con cupidos, ninfas y dioses Pan.

Él no tenía sentimiento de culpabilidad. No sentía. La roca era una solidificación de su sentimiento, su conciencia, su sentido de la realidad, su autoconocimiento. Podría haber planeado cualquier cosa. Un castillo en el aire y el amor en un balcón, o un viaje pirata y el amor en una isla tropical.

Cuando la puerta de ella se cerró tras él, sonrió. La roca había sido sometida a prueba por completo y había resultado perfecta. Sólo tenía que subir de nuevo a bordo de la cama.

15. Miss Lonelyhearts tiene una experiencia religiosa

Después de una larga noche y una larga mañana, hacia mediodía, Miss Lonelyhearts dio la bienvenida a la fiebre. Prometía calor y una violencia no motivada mentalmente. La promesa se cumplió pronto; la roca se transformó en un horno.

Fijó sus ojos sobre el Cristo que colgaba de la pared enfrente de su cama. Mientras lo miraba, se transformó en una mosca brillante girando con una gracia rápida sobre un fondo de terciopelo sangriento cuajado de diminutas estrellas nervadas.

El resto de la habitación estaba muerto —sillas, mesa, lápices, ropa, libros—. Imaginó este mundo negro de los objetos como si él fuera un pez. Y tenía razón, porque de repente se alzó hacia el anzuelo brillante de la pared. Se alzó con una rociada de música y vio su vientre plateado y brillante.

Cristo es la luz y la vida.

—¡Cristo! ¡Cristo!

Este grito producía un eco en las células más recónditas de su cuerpo.

Movió la cabeza a un lugar más frío de la almohada, y la vena de su frente se deshinchó un poco. Se sentía limpio y fresco. Su corazón era una rosa, y otra rosa florecía en su cráneo.

La habitación estaba llena de gracia. Una gracia dulce y limpia, no lavada sino limpia como la cara interior de los pétalos interiores de un capullo de rosa recién abierto.

También había júbilo en la habitación. Era como un viento suave, y sus nervios se ondulaban ante él como pequeñas flores azules en una pradera.

Tenía conciencia de dos ritmos que lentamente se iban transformando en uno solo. Cuando llegaron a ser uno solo su identificación con Dios se hizo completa. Su corazón era el corazón único, el corazón de Dios. Y de la misma forma su cerebro era el cerebro de Dios.

Dios dijo: «¿Lo aceptarás ahora?».

Y él contestó: «Acepto, acepto».

Inmediatamente empezó a planear una nueva vida y su conducta futura como Miss Lonelyhearts. Mostraba a Dios los borradores de sus artículos y Dios los aceptaba. Dios aceptaba cada uno de sus pensamientos.

De repente sonó el timbre de la puerta. Saltó de la cama y salió al pasillo para ver quién venía. Era Doyle, el lisiado, que estaba subiendo lenta y trabajosamente las escaleras.

Dios se lo había enviado para que Miss Lonelyhearts pudiera hacer un milagro y estar seguro de su conversión. Era una señal. Abrazaría al lisiado y el lisiado sanaría, de la misma forma que él, un lisiado espiritual, había sido curado.

Corrió escaleras abajo al encuentro de Doyle con los brazos extendidos para el milagro.

Doyle llevaba algo envuelto en un periódico. Cuando vio a Miss Lonelyhearts, metió la mano dentro del paquete y se detuvo. Gritó una especie de aviso, pero Miss Lonelyhearts continuó su carga. No entendió el grito del lisiado y lo oyó como un grito pidiendo ayuda proferido por Desesperada, Harold. S., Madre-Católica, Corazón-Roto, Hombros-Anchos, Cansada-de-Todo, Desilusionada-con-Marido-Tuberculoso. Corría a socorrerlos a todos con amor.

El lisiado se dio la vuelta para escapar, pero era demasiado lento y Miss Lonelyhearts lo alcanzó.

Mientras forcejeaban, entró Betty por la puerta de la calle. Les dijo que se detuvieran y empezó a subir las escaleras. El lisiado la vio cortándole la retirada y trató de desembarazarse de su paquete. Sacó la mano. El arma que iba dentro del paquete se disparó y Miss Lonelyhearts cayó arrastrando con él al lisiado. Rodaron juntos una parte de las escaleras.

FIN

Notas

[1] Literalmente: «Señorita Corazones Solitarios.» (N. del T.) <<